

HARLEQUIN

Deseo

LA SAGA DE LOS BARONE

UN BESO ATREVIDO

Kristi Gold

Un beso atrevido

Kristi Gold

9º Multiserie Los Barone de Boston

Un beso atrevido (2004)
Título Original: Expecting the Sheikh's Baby (2003)
Multiserie: 9º Los Barone de Boston
Editorial: Harlequín Ibérica
Sello / Colección: Deseo 1330
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Ashraf ibn–Saalem y Karen Rawlins

Argumento:

¿Habría roto la regla de oro de aquel matrimonio de conveniencia? ¿Se habría enamorado de su marido?

El jeque Ashraf ibn–Saalem era un hombre inolvidable, pero Karen Rawlins debía recordar las condiciones de su acuerdo: ambos querían tener un hijo, ella sin tener que someterse a un marido controlador y él sin entregar su corazón. Así que se casarían y una vez conseguido su objetivo estarían juntos, platónicamente, el tiempo necesario para dar un nombre al pequeño.

Pero nada sería tan simple después de una noche con el guapísimo jeque. Aunque ya se había quedado embarazada, Karen seguía muriéndose por sus besos.

¿Quién es quién?

Ashraf ibn–Saalem: Tras sufrir una dolorosa traición, este jeque árabe decidió meter su corazón en hielo, pero no su libido. Sus ojos negros e inquisidores saben apreciar a las mujeres, pero su endurecido corazón ha jurado no volver a amar. Aunque hay algo que sí desea conseguir: Un hijo.

Karen Rawlins: Algunos aseguran que esta prima perdida de los Barone es orgullosa e indomable. Pero, según la propia Karen, es sencillamente dueña de sí misma. Tiene treinta y un años y ha empezado a escuchar el tic–tac de su reloj biológico. Por las noches sueña con tener un hijo, pero ha decidido que para ello no necesita un marido.

Maria Barone: Ella sabe mejor que nadie que no importa lo que uno quiera, porque no se puede escapar de lo que el destino nos tiene preparado.

Prólogo

Aquel hombre podía ser su padre, pero eso era imposible.

Su padre estaba muerto.

Karen Rawlins recorrió con dedos temblorosos la foto de Paul Barone que venía en el periódico de Boston ilustrando un artículo sobre la última reunión familiar de los Barone. Y también hablaban del misterio que llevaba años sin resolverse acerca del rapto del hermano gemelo de Paul, Luke. Todo aquello confirmaba lo que Karen había descubierto hacía poco tiempo en las páginas amarillentas del diario de su abuela.

Karen se sentó en una silla de la cocina del único hogar que había conocido, en el corazón profundo de Montana. Tenía la cabeza llena de demasiadas preguntas sin respuesta y demasiados recuerdos. ¿Conoció su padre la existencia del diario que Karen había encontrado entre las pertenencias de su abuela? ¿Habría sido consciente del engaño antes de morir? ¿Se habría enterado de que nació en una acaudalada familia de Massachussets y que la mujer a la que siempre consideró su madre lo raptó, y que no se llamaba Timothy Rawlins sino Luke Barone?

Karen dejó el periódico a un lado, consciente de que nunca obtendría todas las respuestas que ansiaba. Todos los que sabían la verdad estaban muertos: Sus abuelos, que habían fallecido con pocos meses de diferencia dos años atrás mientras dormían, y sus padres, muertos el año anterior en un tremendo accidente de tráfico.

Si Karen no hubiera roto su compromiso con Carl le habría resultado más fácil enfrentarse al dolor abrumador por tanta pérdida y a la aparición de un nuevo árbol familiar. Pero aquello había sido en realidad una bendición. Prefería vivir sola siempre que pudiera llevar la vida que quería. Pero Carl tenía otras ideas, ideas que incluían controlarla. Él quería una esposa que renunciara por él a tener una vida propia, no una esposa con sueños, opiniones y metas profesionales. Ella se había negado a decir adiós a sus ilusiones.

Karen colocó las manos en la taza de café para entrar en calor, a pesar de que en el exterior el mes de junio se mostraba cálido y maravilloso. Y sin embargo, ella sentía un frío que le calaba hasta los huesos incluso en aquella cocina tan hogareña y confortable que

olía a limón. Porque se encontraba muy sola.

No hacía falta decir que aquel no había sido un año glorioso para Karen Rawlins. Se le ocurrió pensar entonces que no tenía ninguna razón para quedarse en Silver Valley. Aquel pueblo de un solo semáforo no tenía nada que ofrecerle excepto recuerdos agridulces y la certeza de que muchas cosas que pensaba de su familia, de su legado, eran falsas, a excepción del hecho de que sus padres y sus abuelos la habían querido sin reservas.

Tal vez en Boston la aguardaran más oportunidades. Oportunidades excitantes. Un lugar donde empezar de cero y crecer. Karen decidió entonces ir en busca de los Barone y contarles los detalles que sabía sobre su hijo desaparecido con la esperanza de que la recibirían con los brazos abiertos y la mente abierta.

Encontraría un buen trabajo y tal vez algún día podría fundar su propia empresa de decoración de interiores. Se construiría una buena vida. Una nueva vida. Y para llenar el hueco que tenía dentro del alma, intentaría también tener un hijo, alguien que la quisiera sin condiciones.

No, no había sido un año glorioso para Karen Rawlins, pero podía serlo a partir de aquel momento. Lo sería. Dependía de ella hacerlo realidad, y conseguiría todos sus objetivos sin la ayuda de ningún hombre.

Capítulo Uno

«Maldición, él otra vez».

Karen Rawlins se golpeó con el codo en la caja registradora de la afamada heladería Baronessa, perteneciente a los Barone, y reprimió un quejido que hubiera podido escucharse por encima de la música de ópera que salía a través de los altavoces de la tienda. También se contuvo de soltar una retahíla de palabrotas dirigidas al hombre que estaba sentado en el taburete de la esquina, al lado del ventanal. Un hombre que parecía un reflector de luz en medio de la decoración sencilla y tradicional de aquella heladería italiana.

Karen se jactaba de tener ojo de diseñadora, y aquel hombre estaba diseñado a la perfección. Su aspecto exótico componía el retrato perfecto de un extranjero misterioso.

Pero el jeque Ashraf Saalem no era un extraño para Karen. Lo había conocido hacía un mes en la fiesta de bienvenida que los Barone habían celebrado en su honor. Y sí, le había parecido educado, bastante carismático, por no decir muy carismático, pero demasiado seguro de sí mismo para el gusto de Karen. Por lo que ella sabía, el exceso de confianza era sinónimo de control. Y no estaba interesada en hombres controladores por mucho que pudieran hacer estremecer a una mujer con una mirada. Y eso que la última vez que estuvo cerca de él el jeque le había dedicado varias. Karen tampoco había sido capaz de olvidar la otra cosa que le había dado aquella noche.

Un beso.

Un beso de los que provocaban que una mujer perdiera el sentido. Un beso imposible de olvidar.

Pero Karen tenía que olvidarlo, e ignorar a aquel hombre, sobre todo en aquellos momentos. Tenía que ignorar sus miradas penetrantes y aquellos ojos tan oscuros como el café expreso de Baronessa. No era una misión fácil aunque él hubiera cambiado su atuendo tradicional árabe por la vestimenta occidental: traje de chaqueta en seda beige y jersey de cuello vuelto tan negro como su sedoso cabello. Tenía el aspecto de un hombre de negocios cualquiera tomándose un respiro en medio del agitado mundo de las finanzas. Pero no era cualquier hombre, un hecho que a Karen le había quedado meridianamente claro desde el momento en que lo conoció… y lo besó.

Tras dirigirle otra mirada furtiva, Karen volvió a colocar los cuencos de helado en línea bajo el mostrador. Su trabajo en la heladería, codo a codo con su maravillosa prima Maria era muy agradable. Hacía casi un mes que había sido recibida con los brazos abiertos por la familia, había aceptado el puesto de asistente de dirección y a cambio había ganado un buen puñado de parientes y un acogedor apartamento que había pertenecido a su prima Gina. Ahora que su vida estaba de nuevo encarrilada, no tenía desde luego tiempo ni ganas de distraerse con un hombre, ni aun cuando se tratase de un príncipe carismático.

Como si su fuerza de voluntad se hubiera ido de la tienda sin ella, Karen volvió a mirarlo a escondidas. ¿Cómo iba a ignorar su presencia si la tienda estaba prácticamente desierta a aquella hora de la tarde? La gente había regresado a sus trabajos después de la hora del almuerzo. Todos excepto el jeque. Él era el único cliente a excepción de una pareja que estaba en el otro extremo, haciendo manitas y susurrándose cosas al oído.

—Ya veo que tienes visita.

Karen apartó la vista del dúo romántico y la fijó en la sonrisa maliciosa de Maria.

—¿Por qué no me has avisado de que estaba aquí? —le preguntó Karen con más irritación de la que le hubiera gustado.

Pero la imagen de aquella pareja haciéndose arrumacos la había puesto de mal humor. Igual que la súbita aparición de Ashraf ibn–Saalem.

—Estabas abajo cuando llegó —dijo Maria—. Y no me imaginé que tuvieras tanto interés.

—Y no lo tengo —aseguró su prima limpiando con rabia el mostrador de mármol aunque estuviera impoluto—. Por lo que a mí se refiere es sólo un cliente más tomándose un café.

Maria avanzó hacia Karen y dirigió una mirada nada discreta en dirección al jeque.

—Tengo la impresión de que no ha venido sólo a tomar café, ni tampoco un helado —aseguró inclinándose hacia ella en un susurro —. Teniendo en cuenta el modo en que te está mirando, creo que está interesado en otro tipo de postre, no sé si me entiendes.

Karen entendía perfectamente lo que su prima quería decir, y no tenía intención de ser el caramelo del jeque, ni en aquel momento ni nunca. Se giró dándole la espalda a la barra y lanzó una rápida mirada por encima del hombro.

—No me está mirando de ningún modo. Está leyendo el periódico.

—Finge que lee el periódico, pero está mucho más interesado en ti.

Karen se subió las mangas de su camisa blanca y consultó el reloj, más por nerviosismo que por conocer la hora. Aunque tenía una cita. Una cita muy importante.

—¿Es que no tiene trabajo?

—Claro que sí, y muy bueno. Al menos eso me contó Daniel. Es consultor financiero o algo parecido. Viaja por todo el mundo.

Daniel, otro de los primos de Karen, era hijo del hermano gemelo de su padre, Paul, y el causante de que el jeque hubiera ido a su fiesta de bienvenida.

—Pero independientemente del trabajo es muy rico —aseguró Maria colocando los codos sobre el mostrador—. Y pertenece a la nobleza. Y viene hacia aquí.

Karen se quedó petrificada, como si se hubiera quedado pegada al mostrador por el escalofrío que le recorrió la espalda.

—¿En qué puedo servirle, jeque Saalem?

Karen escuchó el sonido del taburete del mostrador pero no fue capaz de girarse.

—Para empezar, me gustaría que me llamaras Ash. En América prefiero prescindir del título, al menos entre amigos. Y considero a los Barone mis amigos.

—Por supuesto —aseguró Maria—. Los amigos de Daniel son amigos nuestros, ¿verdad, Karen?

Karen sintió la punzada del codo de su prima en el costado. Dándose cuenta de que no tenía espacio para huir, terminó por darse la vuelta y mirar al jeque.

—Sí. Amigos. Por supuesto.

En lo que a sonrisas se refería, Karen tenía que calificar a Ash Saalem con un diez. ¿Por qué tenía que ser tan insoportablemente atractivo?

—Está usted muy guapa hoy, señorita Rawlins —dijo con voz tan suave y líquida como el mercurio.

Seguía con los ojos clavados en los suyos. Karen quería apartarlos, pero decidió mantenerle la mirada.

—Gracias.

—¿Te gusta trabajar aquí, Karen?

No podía creer que tuviera la osadía de tutearla y llamarla por su nombre. Tampoco podía creer que su pulso tuviera la osadía de acelerarse al escuchárselo pronunciar. Pero él había tenido las agallas suficientes para besarla la otra noche, así que por qué no iba a prescindir de toda formalidad.

—La verdad es que me encanta trabajar aquí —aseguró forzando una sonrisa y con los labios tensos—. Y hablando de trabajo: ¿Desea tomar algo?

—¿Qué se te ocurre? —preguntó el jeque inclinándose hacia delante e inundándola con su aroma a colonia y a seguridad en sí mismo.

Pero Karen no estaba de humor para jugar a las adivinanzas.

—Tal vez un poco de helado. Es muy refrescante. Y ayuda a enfriar los ánimos.

Helado era lo único que pensaba ofrecerle a aquel hombre, ese día y todos los días.

—¿Y si te pido algo de tu tiempo? Tal vez salir a cenar cuando hayas acabado con tus obligaciones…

—Señorita, por favor…

Karen miró hacia el final de la barra. Un hombre de mediana edad vestido con traje de chaqueta la miraba con expresión de impaciencia. Ella echó un vistazo alrededor en busca de María, que había desaparecido oportunamente.

—Discúlpeme —le dijo Karen al jeque dirigiéndose hacia el cliente—. ¿Qué desea tomar, señor?

—Un expreso —pidió el hombre con un gruñido—. Y rápido. Tengo prisa.

—Todavía no has contestado a mi pregunta, Karen.

Ella miró a Ash y le dedicó al señor gruñón la mejor de sus sonrisas.

—Discúlpeme un instante —le pidió mientras se acercaba de nuevo al jeque sintiéndose como una pelota de ping–pong—. No tengo tiempo para cenar. Tengo que ir a un sitio después del trabajo.

—¿Algo importante?

—Digamos que sí.

—¿Y no puedo acompañarte?

Karen pensó que sería más que bienvenido en la clínica de fertilidad, sobre todo si hacía una donación. ¿Quién en su sano juicio la rechazaría? Desde luego ella no. Pero tampoco tenía intención de contarle lo que iba a hacer.

—Tengo una cita. Una cita médica.

—¿Estás enferma?

—Es sólo un chequeo rutinario —aseguró sin mentir—. Estoy bien.

—Eso puedo asegurarlo yo sin necesidad de hacerte ninguna prueba —dijo Ash mutando su ceño de preocupación en una sonrisa

—. Aunque no me importaría llevar a cabo una investigación más profunda.

—¿Está ya listo el café? —gruñó el cliente, malhumorado.

Karen agradeció la interrupción y se dirigió a servirle una taza a aquel hombre. En ese momento apareció Maria y vio entonces el cielo abierto para librarse del poder que ejercía sobre ella la mirada oscura del jeque.

—¿Todavía no ha llegado Mimi? Tengo que irme ya, Maria. Al médico.

—Sí, vete —respondió su prima con una mueca señalando la puerta—. Me las arreglaré hasta que ella llegue. Todavía falta bastante para que esto empiece a llenarse.

Karen se dirigió a la salida con las llaves en la mano antes de darle a Ash la oportunidad de insistir sobre lo de salir a cenar. Porque no estaba muy segura de volver a decirle que no.

—Estaremos en contacto, Karen —aseguró el jeque.

Ella agarró el picaporte de la puerta e intentó salir, pero se detuvo al escuchar el sonido encantador de su voz. Sólo fue un instante. Luego salió a toda prisa y corrió prácticamente hacia el coche para no caer en la tentación de aceptar su oferta. Para no rendirse ante aquellos ojos magnéticos y aquella voz pecadora. Para no olvidarse de su determinación de no mantener relaciones con ningún hombre.

Gracias a Dios que se las había arreglado para salir de allí a toda prisa.

Ashraf Saalem no tenía ninguna intención de permitir de Karen Rawlins se fuera. Desde el momento en que puso los ojos sobre ella en la fiesta de bienvenida, desde el instante en que la besó espontáneamente, la deseaba. Seguía deseándola y pretendía hacerla suya aunque para ello tuviera que ejercitar su paciencia hasta el límite.

La paciencia no era una de las virtudes de Ash. Nunca habría conseguido su fortuna personal si no hubiera sido persistente. Nunca habría dejado la seguridad del negocio familiar ni se hubiera marchado a América si hubiera estado dispuesto a aceptar las exigencias de su padre.

—Maldición…

La queja suave de María Barone captó la atención de Ash.

—¿Hay algún problema?

—Karen tenía tanta prisa que se ha dejado esto —dijo la joven mostrándole un bolso de cuero negro.

Ash vio el descuido de Karen como una oportunidad para

continuar con su estrategia de convencerla para que volvieran a verse, a ser posible a solas.

—Estaré encantando de llevárselo.

—¿Ahora?

—Sí. Supongo que lo necesitará, seguramente tendrá ahí el carné de conducir y la cartera con el dinero.

—Tienes razón —reconoció Maria pensativa—, pero no estoy muy segura de que le haga gracia que te diga adonde va.

—Mencionó algo de una visita al médico —dijo sin especificar que aquella información se la había sacado con sacacorchos.

—Ayer me preguntó cómo ir al número doscientos de la calle Blakenship —intervino entonces una mujer menuda de cabello gris —, así que supongo que es allí dónde va.

—Mimi, no creo que a Karen le guste que des esa información — aseguró Maria mirando a la camarera con frialdad.

—Necesita su bolso, ¿no? —preguntó la mujer poniendo los ojos en blanco—. Además, no creo que él le robe las tarjetas de crédito.

—Puedes confiar en que encontraré a la señorita Rawlins y se lo entregaré sano y salvo —intervino Ash agarrando el bolso que Maria le tendió vacilante—. Hasta pronto, señoras. Volveremos a vernos.

—De eso estoy segura —aseguró Mimi con una sonrisa—, ya que Karen trabaja aquí. Esa chica es muy guapa.

Sin decir nada más y despedirse con una inclinación de cabeza, Ash salió de la tienda con una sonrisa en la cara, agradecido por su buena fortuna. Tenía algo que Karen Rawlins necesitaba, y ella tenía algo que él deseaba. A ella. Al menos era un principio.

Con aquella idea en mente, Ash se metió en su Rolls Royce plateado que estaba aparcado en la entrada y se puso en marcha. Notó cómo se iba impacientado mientras circulaba entre el denso tráfico de aquellas horas. Tras un rato que se le hizo interminable giró por la calle que la camarera había mencionado y se acercó a un edificio de ladrillo rojo que parecía una clínica.

Ash detuvo el coche en el aparcamiento y cuando leyó el cartel del Centro de Fertilidad Milam pensó que se había equivocado. Pero cerca de la entrada vio un coche pequeño de color azul que se parecía al que se había subido Karen cuando salió de Baronessa.

Aparcó, agarró el bolso de cuero y se sentó en un banco desde el que podía ver el coche azul. Pensó que Karen ya habría entrado y decidió esperar hasta que saliera aunque tardara varias horas. Tenía muchas preguntas que hacerle, sobre todo por qué había escogido una clínica en la que ayudaban a las mujeres a quedarse

embarazadas. Entonces se abrió la puerta del coche de Karen y ella salió.

Ash vio el cielo abierto y atravesó el aparcamiento para ir a su encuentro. Se detuvo un instante para observar el balanceo de sus caderas y la belleza de sus piernas estirándose bajo la falda cuando ella se inclinó para buscar, al parecer, el bolso.

—¿Estás buscando esto?

Karen se golpeó levemente la cabeza al darse la vuelta bruscamente para mirarlo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó tuteándolo casi inconscientemente.

—He venido a darte esto —dijo el jeque mostrándole el bolso.

—Gracias —contestó Karen agarrándolo—. No me di cuenta de que me lo había dejado.

—Ahora te toca a ti responder a la misma pregunta —afirmó Ash señalando hacia la clínica—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Ya te dije que…

—Que tienes una cita. Lo sé. ¿Pero qué te trae a un sitio así? ¿Has venido a una entrevista de trabajo?

—Por supuesto que no —aseguró ella cerrando la puerta del coche con un leve golpe de trasero—. Esto no es asunto tuyo —dijo algo molesta.

Ash se sentía frustrado por su reticencia. Sabía que no tenía derecho a interrogarla, pero tenía que saber por qué estaba allí.

—Tengo enorme interés en comprender la razón por la que has venido a este lugar.

—No tienes por qué comprenderlo. Esto es cosa mía, no tuya.

—Es cosa mía si tienes una relación con alguien con quien planeas tener un hijo, si esa es la razón por la que estás aquí.

—¿Y por qué sería eso cosa tuya?

—Porque entonces dejaría de insistir en quedar contigo. No quiero introducirme en el territorio de otro hombre.

—Para tu información, jeque Saalem, yo no soy el territorio de ningún hombre —aseguró Karen con sus ojos verdes y dorados encendidos en fuego—. En estos tiempos una mujer no necesita un hombre para tener un hijo, al menos no al hombre entero.

Ash se llevó la mano a la mandíbula y se la acarició pensativo, sin saber muy bien qué pensar de las palabras de Karen.

—Así que planeas tener un hijo tú sola…

—Así es —reconoció ella alzando la barbilla en gesto desafiante —. Inseminación artificial.

Aquello no le parecía bien al jeque. Entendía la necesidad del

procedimiento en algunos casos, pero no en aquel.

—¿Quieres decir inseminación con el esperma de un desconocido?

—No tengo intención de hablar de esperma con un jeque —aseguró Karen sonrojándose.

—Pero tienes intención de tener el hijo de un hombre del que no sabes nada.

—Sí, esa es mi elección. Tengo treinta y un años y no me voy haciendo precisamente joven. Es el mejor momento de mi vida para hacer esto.

Ash sopesó sus palabras, su propósito. Sí. Estaba claro que él tenía algo que Karen necesitaba. Un servicio que estaría dispuesto a ofrecerle con gran placer. Y ella tenía también algo más que él quería. La habilidad de tener un hijo, los medios para que Ash consolidara una relación estable con una mujer a la que encontraba inteligente y encantadora. Había esperado muchos años para encontrar aquellas cualidades desde que su padre le frustrara el primer intento.

—Tal vez yo pueda ayudarte en este asunto —dijo.

—¿Quieres decir que estarías dispuesto a hacer una donación para que yo la utilizara? —preguntó Karen abriendo mucho los ojos.

—No tengo ninguna intención de compartir mi afecto con un recipiente de plástico. Prefiero hacer un hijo del modo en que la naturaleza tiene previsto que procreen un hombre y una mujer.

—De ninguna manera —respondió ella sacudiendo la cabeza—. No pienso permitir… eso.

Ash acortó la distancia que los separaba y le apartó un mechón de cabello castaño y ondulado del hombro. Tenía la sospecha de que a Karen le gustaban los retos tanto como a él, y si tenía que utilizar aquella arma, la utilizaría.

—¿Tienes miedo?

—Por supuesto que no —respondió ella mirándolo de modo tan salvaje, que Ash supo que había acertado—. ¿Por qué habría de tenerlo?

—Tal vez tengas miedo de lo que puedas llegar a sentir si me dejas hacerte el amor —aseguró él colocando una mano en el coche e inclinándose hacia delante—. De lo que podamos experimentar juntos.

Ash la escuchó emitir un leve suspiro, la única señal de que sus palabras le habían afectado.

—No es una buena idea, eso es todo.

—Es una idea estupenda. Hace tiempo que considero la

posibilidad de tener mi propia familia. Esto nos beneficiaría a los dos.

—Yo sólo quiero un hijo, no una relación —respondió ella sin dudarlo un instante.

—¿Un hijo que no conocerá a su padre? Creo que si miras en el fondo de tu alma no querrás eso para él, teniendo en cuenta lo que recientemente has averiguado sobre el secuestro de tu padre.

—No tengo otra opción —aseguró ella mirándose los dedos de los pies que le asomaban por las sandalias—. No hay nada en este mundo que desee más que un hijo.

Con la yema de un dedo Ash le levantó la barbilla para obligarla a mirarlo. En sus ojos vio la indecisión, no la negativa total. Aquello fue suficiente para animarlo a seguir insistiendo.

—Yo te ofrezco otra opción. Estoy dispuesto a ser el padre de tu hijo.

—¿Y qué esperas exactamente a cambio? —preguntó Karen mirándolo con desconfianza.

Ash sólo le había entregado el corazón a una mujer en una ocasión, sólo una. Ya no tenía nada más que ofrecer en ese sentido. Pero podía darle a Karen el bebé que deseaba, un hogar confortable y un futuro seguro.

—Quiero que seas mi esposa.

—Eso es una locura —aseguró ella frunciendo el ceño—. No nos conocemos.

—¿Y qué mejor manera de conocernos?

—No quiero casarme. Casi cometo ese error no hace mucho tiempo —dijo Karen con tristeza, como para sí misma.

Ash no tenía motivos para sentir celos del hombre que hubiera gozado en el pasado del afecto de Karen, pero para su propia sorpresa los sentía. No importaba. Llegado el caso intentaría hacerle olvidar cualquier relación anterior, sobre todo aquella que parecía haberle causado dolor. Pero para ello tendría que convencer a Karen de que el matrimonio era algo conveniente para ambos.

—Tal vez podríamos llegar a un acuerdo. Si decides no seguir adelante con el matrimonio no tendrás ninguna obligación. Serás libre para marcharte tras el nacimiento de nuestro hijo.

—¿Estás hablando de divorcio?

Aquella palabra sonaba muy fuerte a oídos de Ash. Iba en contra de todas sus convicciones.

—Sí.

Karen se mordió el labio inferior repetidas veces antes de hablar.

—Si no he entendido mal, tú quieres formar parte de la vida del

bebé aunque el trato termine.

Ash haría todo lo que estuviera en su mano para asegurarse de que no hubiera que discutir sobre la custodia del niño. Haría todo lo humanamente posible para evitar que su matrimonio fracasara.

—Por supuesto. ¿A ti te parece mal?

—Supongo que es lo mejor.

—Entonces, ¿trato hecho? —preguntó él sin poder evitar una sensación de victoria anticipada.

—No —respondió Karen estirándose y volviendo a colocar el asa del bolso en el hombro—. Tengo que hacerme la revisión y sopesar todas mis opciones antes de tomar una decisión.

Ash se apartó del coche y señaló con un gesto en dirección al edificio, aunque no estaba dispuesto a aceptar una derrota.

—Entra con mis bendiciones, Karen. Y mientras estés allí piensa en mí —dijo deslizándole el brazo por la cintura—. En nosotros. Considera lo que te estoy ofreciendo, un padre al que tu hijo conocerá. Y los medios para crear vida a través de un acto que nos proporcionará placer a ambos.

Ash la atrajo hacia sí y la besó. Era un beso destinado a convencer, a persuadir, a meterse en su cabeza para que Karen no se olvidara de él. Ella tenía los labios firmes contra los suyos, pero tras unos segundos de breve resistencia, se abrió finalmente a él y Ash aprovechó la oportunidad para deslizar la lengua en la suave humedad del interior de su boca. Fue sólo una vez, pero bastó para intuir cómo podrían ser las cosas entre ellos.

Haciendo un gran esfuerzo Ash dio un paso atrás para apartarse de ella, sacó una tarjeta de visita del bolsillo y se la puso en la palma de la mano acompañando el gesto con una suave caricia en la muñeca.

—Aquí están los números en los que puedes encontrarme cuando tomes tu decisión. Piénsatelo bien.

Karen se quedó quieta como una estatua mientras Ash se alejaba con la esperanza de que ella encontrara lógica su oferta y aceptara su proposición. En caso contrario tendría que seguir intentando convencerla.

Capítulo Dos

Aquel hombre no tenía vergüenza.

Karen no podía creerse que Ash Saalem la hubiera besado aquella tarde en un aparcamiento. No podía creer que se hubiera ofrecido a ser el padre de su hijo. Y no podía creer que ella estuviera considerando la posibilidad.

Se sirvió una copa de vino tinto, entró en el salón y se dejó caer sobre el sofá con la esperanza de aclararse la mente. Le encantaba aquel apartamento situado en la cuarta planta de la casa que los Barone le habían ofrecido generosamente. Gina había decorado el lugar con sofás de seda italiana, un escritorio antiguo y alfombras persas. Era precioso, pero aquellos muebles y complementos tan elegantes no casarían bien con un bebé que diera sus primeros pasos.

Pero estaba yendo demasiado lejos. Primero tenía que concebir, y luego ya pensaría en cambiar la decoración. En aquellos momentos la concepción tenía que ser su principal prioridad. Eso y la oferta de Ash, no su boca experta. Tenía que sacarse aquel beso de la cabeza para poder pensar con claridad, lo que no era en absoluto misión fácil. Como tampoco lo era decidir la mejor opción respecto al modo de tener un hijo.

Karen le dio un sorbo a su vaso de vino y recordó los acontecimientos del día. En la clínica la habían advertido del procedimiento que llevarían a cabo y de sus costes tanto emocionales como físicos si no conseguía quedarse embarazada tras los primeros intentos. Había estudiado los perfiles de los posibles donantes, y la mayoría eran estupendos. También había visto a varias parejas en la sala de espera con aspecto ansioso, esperanzado… y enamorado.

Tal vez Ash tenía razón. ¿De verdad quería ella traer al mundo un bebé que no conociera sus raíces, teniendo en cuenta que ella misma había crecido sin saber la verdad respecto a las suyas? ¿Podía confiar en que los donantes de esperma fueran completamente sinceros? Después de todo, había aprendido recientemente que muchas de las cosas que creía de su árbol familiar no eran ciertas.

Karen dejó el vaso sobre una mesita auxiliar y se tumbó en el sofá. Si decidía seguir adelante con la inseminación tenía que

arreglarlo todo en menos de tres días, el tiempo que faltaba para el momento más fértil en su ciclo. Lo mismo ocurría si decidía aceptar la oferta del jeque.

El solo hecho de pensar en hacer el amor con Ash le provocó una mezcla de escalofrío y destello de calor. No podía negar que la idea le parecía atractiva. Tampoco podía negar que el beso que le había dado había dejado huella en su libido.

En ese instante sonó el timbre de la puerta. Karen se levantó del sofá precipitadamente sintiendo una punzada de pánico. Tal vez Ash había decidido ir a visitarla en busca de una respuesta que ella no estaba preparada para darle.

Pero cuando observó por la mirilla y distinguió a María, se sintió por un lado aliviada y por otro un poco desilusionada de que Ash no hubiera ido a verla para convencerla con más besos.

—Hola —saludó Karen a su prima con una sonrisa cuando abrió la puerta—. ¿Estás bien? —le preguntó con preocupación, al verla con un aspecto tan cansado—. ¿Qué te ocurre?

María se dejó caer sobre el sofá y al instante las lágrimas comenzaron a rodarle por las mejillas, pillando a su prima completamente por sorpresa.

—¿Qué ocurre, María? —repitió sentándose a su lado en el sofá.

—Es una historia muy larga y muy triste, Karen.

—Tengo toda la noche —aseguró ella tomándola de la mano—. Por favor, dime qué te pasa. Me tienes preocupada.

—Esto es lo que pasa —respondió María levantándose la camisa blanca y colocándose la mano sobre el vientre.

Karen percibió un bulto prominente bajo la cinturilla de los pantalones negros de María. Al instante se dio cuenta de que aquello no tenía nada que ver con que su prima hubiera engordado un par de kilos tomando helado.

—¿Estás…?

—¿Embarazada? Así es. Nadie lo sabe. Nadie debe saberlo excepto tú.

Más confundida que nunca, Karen dejó transcurrir unos segundos para asimilar aquel impacto.

—¿Quién es él?

—Alguien a quien estoy viendo en secreto desde enero —respondió Maria con un suspiro.

—¿En secreto? ¿Está casado, Maria?

—Peor que eso. Es un Conti.

Karen se quedó de nuevo impactada y trató de asimilar la información. Su prima acababa de decirle que estaba embarazada

de un hombre que pertenecía a una familia enemiga de los Barone desde hacía décadas. Ambos clanes, los Conti y los Barone, parecían decididos a continuar con las antiguas rencillas. No cabía duda de por qué Maria no quería que nadie se enterase.

—Se llama Steven —continuó diciendo la joven—. Es guapísimo y cariñoso y estoy totalmente enamorada de él.

—Suena maravillosamente, Maria. Aparte de la cuestión familiar, ¿cuál es el problema?

—El problema es la cuestión familiar. Últimamente han sucedido muchas cosas: el sabotaje del helado, el incendio de la fábrica… y algunos miembros de la familia creen que los Conti están detrás de esos incidentes. Nunca aceptarán nuestra relación. Si se enteran de la verdad, sólo servirá para separarnos y que las familias se separen todavía más.

—Tal vez vuestra relación y este niño sirvan para acabar con todo esto.

—No me imagino que eso pueda suceder, al menos no por el momento. Quiero marcharme una temporada de la ciudad para pensar bien en todo esto. Y quiero hacerlo ya mismo, porque empieza a notárseme. Estoy de cuatro meses.

Otra sorpresa para Karen. Pero pensándolo bien, María había empezado a sacarse la camisa por fuera del pantalón, algo a lo que ella no le había dado ninguna importancia hasta aquel momento.

—Si puedo hacer algo por ti, dímelo.

—Necesito que te encargues de la tienda en mi ausencia.

—Por supuesto —aseguró Karen al instante, satisfecha de poder corresponder en cierto modo a todo lo que su prima había hecho por ella—. ¿Le has contado a Steven tus planes de marcharte?

—Ni siquiera sabe lo del bebé. No sería justo cargarle con esto ahora, al menos hasta que yo decida lo que voy a hacer.

—No estarás pensando en deshacerte del bebé, ¿verdad? —preguntó Karen súbitamente alarmada.

—¡No! —exclamó su prima con gesto ofendido—. Quiero a este niño, y si las cosas no salen bien entre Steven y yo al menos tendré siempre conmigo una parte de él.

—¿De verdad tienes tan pocas esperanzas de que lo vuestro funcione?

—Me gustaría ser más optimista, Karen, de verdad que sí, pero me temo que esta relación está condenada al fracaso. Hay demasiados obstáculos.

—¿Y a dónde quieres ir?

—Por eso he venido. ¿Sigues teniendo tu antigua casa de

Montana?

—Se la he vendido hace poco a un amigo de la familia —respondió Karen tomándose unos instantes para pensar una alternativa—. Pero tengo dos buenos amigos en Silver Valley, los Calderone. Poseen un rancho maravilloso y estoy segura de que les encantará tenerte como invitada el tiempo que te apetezca.

—¿De verdad? —preguntó María con expresión iluminada.

—Estoy casi segura, pero los llamaré mañana a primera hora para asegurarme.

—Me has salvado la vida, Karen —afirmó Maria poniéndose en pie tras darle un abrazo—. Te echaré de menos. Pero prométeme que no le dirás nada a Steven. Ni a nadie de la familia. No quiero que sepan que me he marchado.

—Pero todo el mundo se preocupará… —protestó su prima.

—Dejaré una nota a la familia explicándoles que necesito marcharme una temporada —aseguró dirigiéndose a la puerta—. Y a Steven también. Gracias por todo.

Karen cerró cuando Maria se hubo marchado y sintió lástima por ella, porque no podía compartir su alegría con el padre de su hijo y con su familia. Recordó los eslabones perdidos de su propio árbol genealógico y no pudo negar la importancia de que los dos progenitores se implicaran activamente en el proceso de ser padres. Tampoco podía negar que el jeque Ashraf Saalem sería probablemente un candidato de primera para producir lo que ella necesitaba. Y estaba claro que tampoco podía negar que sería sin duda un candidato de primera para proporcionarle placer también. Para su propio fastidio, esa idea la excitó.

Eran demasiadas las cosas en las que pensar y tenía muy poco tiempo.

—Siempre me has parecido un hombre de pocas palabras, pero esta noche estás más callado de lo habitual.

Ash levantó la vista de la bandeja que le había llevado el servicio de habitaciones y que seguía prácticamente intacta y se encontró con Daniel escrutándolo con mal disimulada curiosidad.

—Tengo muchas cosas en qué pensar —respondió el jeque evasivamente.

—Tu humor de esta noche no tendrá nada que ver con mis inversiones, ¿verdad? —preguntó su amigo con fingida alarma—. Porque estoy empezando a temer que en cualquier momento me digas que soy pobre, y que esa es la razón por la que estamos comiendo aquí en vez de en un restaurante.

Ash le había pedido a Daniel que se reuniera para cenar con él

en su suite para asegurarse de estar disponible por si Karen llamaba. Pero eso no había sucedido. Cuanto más tiempo pasaba más se temía que ella hubiera decidido optar por la clínica de fertilización.

—Tus inversiones están a buen recaudo —le aseguró a Daniel—. Seguirás siendo un hombre rico.

—Me alegra saberlo —respondió su amigo con satisfacción, limpiándose la boca con la servilleta—. Aunque ahora tengo todo lo que un hombre puede necesitar al lado de mi esposa. Mi luna de miel con Phoebe no ha hecho más que empezar.

—Me alegro de que estés satisfecho con tu elección —aseguró Ash, sin poder evitar una punzada de envidia por la buena suerte de su amigo al elegir pareja.

—Y pensar que traté de emparejarte con Phoebe en la fiesta de Karen… —recordó Daniel con una sonrisa—. Menos mal que no funcionó.

—Todavía me sorprende que te hayas casado, teniendo en cuenta tus antiguas costumbres —bromeó el jeque.

—Si te refieres a las mujeres, más te vale no hablar —se defendió Daniel frunciendo el ceño—. Tú las has tenido a puñados.

—Es cierto, pero he conocido a una persona que puede poner fin a eso.

—¿Alguien especial?

—Tú prima Karen.

—¿Karen? —exclamó Daniel palmeándose la frente—. ¿Desde cuando salís juntos?

—No salimos juntos. Estamos negociando.

—¿Negociando? Curiosa forma de llamar a salir con una mujer.

—De hecho, hemos pasado por alto la etapa de salir. Le he pedido que se case conmigo.

—Tengo que reconocer que eres rápido —bromeó Daniel con una mueca—. De cero a cien en cuestión de segundos. Me alegro mucho. ¿Cuándo es la boda?

—Por desgracia todavía no me ha dado el sí. La cuestión es algo más complicada: Karen quiere tener un hijo y yo también, y hemos hablado de la posibilidad de tenerlo juntos. Yo he insistido en que nos casemos por el bien del niño.

—Entonces, ¿esto no tiene nada que ver con el amor?

—Soy un hombre realista, Daniel —aseguró Ash, sabiendo que la cuestión no era fácil de entender—. En ocasiones es necesario tomar decisiones basadas en lo que es mejor para todos, no en las emociones. Si nos casamos lo haremos para tener un hijo. No te niego que encuentro a Karen muy atractiva y que pretendo disfrutar

también de ese aspecto de nuestra relación.

—Déjame decirte algo —dijo Daniel con expresión preocupada —. Los Barone nos tomamos las cuestiones familiares muy a pecho. Karen lleva poco tiempo en la familia, pero espero que no le hagas daño porque si no tendrás que responder por ello.

—Puedes estar tranquilo —aseguró el jeque—. Sabré cuidar bien de ella.

—Y hablando de familia, ¿qué va a pensar la tuya de que te cases con una americana?

Ash no veía razón alguna para contárselo de inmediato. Tal vez más tarde, tras el nacimiento de su hijo. O tal vez podría llamar a su padre nada más casarse para informarlo de que esta vez no había podido interferir.

Ash había esperado treinta y seis años a que llegara el momento de demostrarle al rey Zhamyr que ya no tenía control sobre la vida de su hijo.

—Ya no busco la aprobación de mi familia. Y no tengo obligaciones como heredero, ya que esa responsabilidad recae sobre mi hermano mayor.

El teléfono sonó en aquel instante y Daniel se levantó precipitadamente.

—Yo contesto. Le dije a Phoebe que me llamara cuando quisiera que regresara a casa.

—Ya veo que te tiene bien pillado —respondió Ash sin poder reprimir una sonrisa cínica, que era más de envidia que otra cosa.

Daniel descolgó y saludó. Luego dijo: «Dígale que suba» y colgó el auricular.

—Por lo que veo, tu esposa ha decidido escoltarte personalmente a casa —bromeó Ash.

—La que está subiendo no es mi mujer.

—¿Quién es entonces?

—La mujer con la que tú pretendes casarte.

Capítulo Tres

A Karen le latía el corazón a cien por hora mientras subía en el ascensor a la última planta del hotel New Regents. Cuando llegó a la puerta doble de la suite del jeque, se colocó la cinta del bolso en el hombro y llamó al timbre. Contuvo la respiración y se dispuso a encontrarse con Ash. Lo que no esperaba en absoluto era que fuera su primo Daniel el que saliera a recibirla.

—¿Qué estás haciendo aquí? —le preguntó con un tono de voz asombrosamente tranquilo para la sorpresa que se había llevado.

—Estoy visitando a un amigo —respondió Daniel con una mueca, saliendo al pasillo—. ¿Y tú? ¿Negocios o placer?

Karen no tenía ni idea de lo que Ash le habría contado a su primo, y lo cierto era que prefería no saberlo. Desde el momento en que conoció a Daniel éste había adquirido el papel del hermano mayor que ella nunca tuvo. Un hermano mayor que se divertía tomándole el pelo. Por eso Karen no quería darle motivos para que lo hiciera.

—Estoy aquí por un asunto de negocios —aseguró, sin que fuera del todo mentira—. Saluda a Phoebe de mi parte.

—Claro —respondió Daniel inclinándose hacia ella y bajando el tono de voz—. No te olvides de poner el cartelito de *No molestar*.

Su primo se marchó con una mueca burlona en el rostro dejándola a solas con el jeque, que había aparecido en el umbral de la puerta. Su expresión era tranquila y confiada. Estaba guapísimo vestido con camisa y pantalones negros.

—Adelante —dijo haciendo un gesto con la mano.

Karen pasó al lado de Ash tan cerca que sin poder evitarlo lo rozó. La deliciosa fragancia que emanaba su cuerpo le despertó los sentidos. Era un aroma único a incienso, exótico pero no empalagoso, que provocaba en su imaginación imágenes de noches árabes, puestas de sol en el desierto y sexo en la arena.

Cielo santo.

Para evitar mirar directamente a Ash, Karen dirigió su atención a la ampulosa zona de estar de la suite. Una fila de puertas acristaladas se abría a una terraza bajo la que se divisaba el centro de Boston, iluminado a esas horas por cientos de lucecitas.

—Qué sitio tan agradable —comentó tras admirar el mobiliario de caoba con piezas únicas y el tresillo de cuero—. ¿Vienes aquí

muy a menudo?

¿En qué estaba pensando? Parecía una buscona tratando de ligar en un bar en lugar de una mujer inteligente y sofisticada cumpliendo una misión. Pero Ash tenía la facultad de trabarle completamente la lengua y confundirla.

—Por el momento esta es mi casa —respondió el jeque avanzando un par de pasos en su dirección.

—¿Y dónde vives normalmente?

—Donde me lleven mis negocios. No tengo una residencia permanente.

Como si Ash se tratara de un poderoso imán, Karen avanzó hacia él. Se sacó el bolso del hombro y lo abrazó, como si pudiera defenderla de su magnetismo.

—¿De verdad? Resulta extraño no tener un sitio al que llamar hogar.

—Espero instalarme en Boston.

Ash acortó aún más la distancia que los separaba. Estaban tan juntos como habían estado el día anterior en la barra de la heladería. Karen no tenía ninguna gana de dar un paso atrás, aunque sabía que debería hacerlo.

—¿Por qué has venido, Karen?

—Quiero hacerte un par de preguntas.

—¿Te gustaría tomar asiento antes? —preguntó el jeque señalando con un gesto hacia el sofá.

—Claro —respondió ella, pensando que sentarse era una idea excelente.

Karen tomó asiento en un extremo pensando que Ash lo haría en el sillón que estaba enfrente. Pero él se acomodó en el otro extremo del sofá, se cruzó de piernas y colocó el brazo en el respaldo. Parecía sentirse tan cómodo que Karen llegó incluso a molestarse. También le molestó el modo en que ella reaccionó a su cercanía, imaginándose que Ash la tumbaba sobre la suavidad de la alfombra que tenían a los pies.

Karen tragó saliva. Al menos tenía claro que las hormonas no le fallarían cuando llegara el momento de concebir un hijo con él.

—Si quieres habla tú primero —dijo Ash.

—Eso es —respondió ella señalándolo con el dedo—. Eso es exactamente de lo que quiero hablar contigo.

—Me temo que no te entiendo.

—Creo que debes saber que durante los últimos treinta y un años me he expresado siempre abiertamente sin que nadie tuviera que darme permiso.

—Encuentro que esa es una de tus virtudes más intrigantes —respondió Ash con una mueca que sacó a Karen de sus casillas—. Pero es que todo lo que rodea tu boca me parece de lo más intrigante.

Karen sintió cómo se ponía colorada hasta la punta de las orejas. Tenía que retomar el tema.

—Lo que quiero decir es que soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma y de mis necesidades en todos los aspectos.

—Yo he aprendido que algunas de esas necesidades las puede cubrir mejor otra persona.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella entrando al trapo inconscientemente.

—A las necesidades íntimas —respondió Ash, cambiando la mueca por una expresión seductora.

—Creo que en eso tienes razón —aseguró Karen imaginándose a la perfección al jeque haciéndose cargo de esas necesidades.

—¿Ah, sí?

—En lo que se refiere a la concepción. Y eso me recuerda que tenemos que hablar de temas importantes relacionados con la salud. ¿Padeces alguna enfermedad importante o tienes antecedentes familiares de trastornos graves físicos o mentales?

—Mi salud es excelente. Hace dos meses me hice una revisión médica en Nueva York.

—¿Cuáles son tus aficiones? —siguió preguntando Karen mientras trataba de recordar más cuestiones que aparecían en los formularios de la clínica.

—Me gusta esquiar. Así fue como conocí a tu primo Daniel, en los Pirineos. En cuanto a mi educación, estudié en Francia.

—Entonces, hablas francés…

—Sí. Domino varias lenguas.

Karen sabía que al menos era un experto en el manejo de la suya.

—Si resulta que al final conseguimos que me quede embarazada, yo…

—Lo conseguiremos. Mi padre tiene cinco hijos y tres hijas, y muchos de mis hermanos han seguido sus pasos. Nosotros tampoco tendremos problemas en ese sentido.

—Espero que tengas razón —aseguró Karen, pensando que ella sólo quería un bebé, no un regimiento—. De ese modo sólo será necesaria una vez para que me quede embarazada.

—Admiro tu optimismo, pero creo que será mejor si lo intentamos en más de una ocasión.

En ese caso ella creía que no lograría sobrevivir, sobre todo si Ash hacia justicia a su calenturienta imaginación.

—Sólo si es necesario. Y cuando consigamos la concepción, yo preferiría que mantuviéramos una relación platónica —aseguró Karen pensando que el jeque tal vez retiraría su oferta ante aquella proposición.

—¿Quieres decir que no deseas tocarme después de quedarte embarazada?

—Creo que será lo mejor.

—Estaré de acuerdo en no tocarte —aseguró Ash aunque sus ojos aseguraban otra cosa.

—Bien. Muy bien —respondió ella pensando que aquello estaba resultando demasiado fácil.

—A menos que tú me lo pidas.

Karen decidió dejar pasar aquel comentario.

—Me gustaría hacerlo cuanto antes… me refiero a la ceremonia —se apresuró a aclarar.

—¿Por qué tanta prisa?

—Por… la fertilización —respondió ella sintiéndose algo incómoda—. El intento de concepción debe realizarse como muy tarde durante los próximos cuatro días. Creo que podríamos hacerlo en el juzgado… quiero decir la boda, no la concepción.

—Estoy de acuerdo en que sería completamente inapropiado hacer el amor en una sala del juzgado —respondió Ash con expresión divertida.

—Deduzco entonces que no tienes problemas para celebrar la boda en los próximos cuatro días…

—Estaré encantado de ajustar mi agenda para incluirte en ella.

Un servicio rápido en un juzgado no era precisamente lo que Karen soñaba cuando se imaginaba su boda, pero aquellos eran sueños antiguos y desgastados que ya no importaban. Lo importante ahora era ser realista y práctica.

—Quiero tenerlo todo por escrito.

—¿No confías en mí? —preguntó el jeque transformando su expresión seductora en un gesto solemne.

—Creo que es lo más sensato —respondió Karen pensando que era ella la que no confiaba en sí misma cuando estaba a su lado.

—Prepararé los papeles.

—¿Incluirás la cláusula de separación tras el nacimiento del bebé?

—Sí —aseguró Ash con expresión algo dolida—. Incluiré dicha cláusula en los términos acordados.

—Bien —dijo entonces ella, poniéndose rápidamente en pie—. Creo que eso lo cubre todo.

—Entonces, ¿has tomado ya una decisión? —preguntó Ash incorporándose a su vez.

—Así es, y mi respuesta es sí.

Ya estaba, ya lo había dicho. Después de todo no había sido tan complicado.

Ash se metió las manos en los bolsillos, como si necesitara tenerlas bajo control. Por desgracia la falda de Karen no tenía bolsillos, aunque por supuesto no estuviera pensando en tocarlo. Bueno, tal vez lo pensara un poco.

—¿Estás diciéndome que hay trato? —insistió el jeque sin terminar de creérselo.

—Sí.

—Me alegro de que veas las ventajas de nuestra unión —aseguró Ash con expresión triunfal.

—Una cosa más —dijo ella sin poder evitar pensar que la mayor ventaja estaba en la concepción—. ¿Podríamos celebrar la boda a la hora de comer?

—Me parece buena idea. Así podemos pasarnos el resto de la tarde cumpliendo con nuestros objetivos.

—Por las noches tengo que trabajar en la heladería.

—¿No podrías tomarte el día libre?

Karen pensó en Maria y en su idea de marcharse. Había hablado con los Calderone por la mañana y estaban encantados de recibirla. Karen veía la boda como la oportunidad perfecta para que su prima se escapara. Maria podía hacer de testigo y luego escabullirse. Era un plan perfecto.

Pero si Maria se marchaba ese día en concreto entonces Karen tendría que trabajar por la noche a menos que alguien estuviera dispuesto a doblar turno. Pero ya tendría tiempo de pensar en ello. Por ahora lo que tenía que hacer era regresar al trabajo antes de que la gente empezara a preguntarse dónde se había metido. Si ellos supieran…

—Karen, ¿te preocupa algo?

—Estoy pensando en el trabajo —respondió ella volviéndose hacia Ash, que la observaba con expresión pensativa—. Veré lo que puedo hacer para tomarme el día libre.

—Muy bien. No veo la necesidad de posponer la luna de miel.

¿Luna de miel? Bueno, en cierto modo podría calificarse así.

—Será mejor que regrese a Baronessa. Es muy tarde.

Karen ya estaba casi en la puerta a punto de escaparse cuando

Ash la llamó.

—¿Sí?

—Tal vez deberíamos sellar nuestro trato con un beso.

Al menos aquella vez le había pedido permiso.

—¿De verdad crees que es necesario? —preguntó Karen frotándose inconscientemente las manos.

—Creo que sería conveniente que nos fuéramos familiarizando el uno con el otro antes de que nos metamos juntos en la cama. Si mis besos te siguen poniendo nerviosa cuando hagamos el amor será mucho peor.

—Tus besos no me ponen nerviosa —se apresuró a responder ella, aunque la traicionó un ligero temblor en la voz.

—Entonces no deberías poner ninguna objeción —contestó el jeque acercándose más.

—No compliquemos las cosas, ¿de acuerdo? Quiero decir, esto es más o menos un acuerdo de negocios y…

—Sigues estando nerviosa, Karen —afirmó Ash agarrándole ambas manos y besándoselas—. No tienes por qué. Te prometo que te trataré con mucho cuidado.

—No soy de cristal.

—De todas maneras, seré sumamente delicado con las manos —insistió él inclinándose hacia delante y colocándole los labios a escasos milímetros de los suyos—. Y también con la boca.

Aquella voz profunda y tentadora estuvo a punto de hacerla caer. Pero se puso muy recta, decidida a no dejarse llevar.

—Me parece muy bien, siempre y cuando cumplas con tu parte —aseguró con todo el desafío del que fue capaz.

—Tengo toda la intención de cumplir con mi trabajo de la manera más eficaz posible —susurró Ash.

Se quedó mirándola a los ojos en silencio durante largo rato. Karen se preparó para recibir un beso, pero él no la besó. Y entonces ocurrió algo absolutamente incomprensible. Ella lo besó primero. Apasionadamente, sin el menor titubeo.

Karen le introdujo la lengua en la boca con un deseo que ni siquiera sabía que sentía.

Y de pronto se vio con la espalda contra la pared y el cuerpo de Ash apretado contra el suyo. Tuvo que obligar mentalmente a sus piernas a que no se enredaran alrededor de la cintura del jeque. Ash deslizó las manos hasta hacerlas descansar en sus caderas, mientras que las de ella paseaban por el final de su espina dorsal y amenazaban con descender más para explorar su magnífico trasero.

La boca de Ash era dulce y firme al mismo tiempo. Con la

lengua le hacía caricias de seda entre sus labios abiertos. Las yemas de sus dedos le acariciaban suavemente el trasero, la cintura, y luego trazó con los pulgares los contornos de sus senos en movimientos circulares y enloquecedores.

Cuando Ash se apretó contra ella, Karen fue consciente de que el jeque tenía un arma secreta escondida bajo la tela de sus pantalones. Si no detenía inmediatamente aquella locura tal vez experimentaría toda su potencia allí mismo, en aquel momento, sobre el suelo y sin ningún ceremonial. Sin el ceremonial nupcial.

Pero no fue Karen la que apartó la boca. Fue Ash. Sin embargo, mantuvo los brazos alrededor de su cintura.

—Creo que esto es mucho más efectivo que un apretón de manos —aseguró él antes de soltarla, dar un paso atrás y mirarla de arriba abajo.

Karen podía hacerse una idea del aspecto que tenía en aquel momento. Seguramente tendría los ojos vidriosos y los labios rojos sin el beneficio del lápiz de labios, porque dudaba mucho de que le quedara algo del que se había puesto. Varios mechones de cabello le caían por la cara, algunos incluso sobre los ojos. Y sin embargo no tenía ningún problema para ver a Ash allí de pie con las manos en los bolsillos y aquella sonrisa picara dibujada en el rostro.

Karen se pasó la mano por el pelo, se estiró la camisa y recogió el bolso que había ido a parar no se sabía cómo al suelo.

—Tengo que irme. Gracias. Espero tener noticias tuyas.

Aquellas palabras sonaron frías y secas considerando el beso tan ardiente que se habían dado.

—Esperaré con impaciencia nuestro próximo encuentro, y confío en que tendrá lugar antes de que nos veamos en el altar —aseguró Ash, con una sonrisa tan amplia que podría detener un misil.

—Creo que no deberíamos vernos antes de la boda —contestó Karen, que no podía evitar sentirse como una marioneta.

—¿Temes que no nos conformemos sólo con besarnos?

—Voy a estar ocupada —aseguró ella, aunque Ash había dado justamente en el clavo.

—Como quieras, Karen —dijo él asintiendo con la cabeza—. Yo también me mantendré ocupado hasta el día de la boda, aunque no tengo ninguna duda de que pensaré a menudo en ti. En nosotros.

Karen sentía la necesidad de salir de allí a toda prisa. Buscó detrás de ella el picaporte de la puerta.

—Llámame cuando tengas todo el papeleo solucionado —dijo por toda despedida.

—Así lo haré.

Karen salió por la puerta y la cerró tras de sí sin volver a mirar al jeque. Pero en el fondo de su alma sabía que durante los próximos días le dedicaría a él, a la boda y sus besos más de un pensamiento.

—Puede besar a la novia.

Todos los momentos de ansiedad por los que había pasado los últimos tres días, las noches sin dormir y las dudas habían desembocado en aquel momento. Aunque habían firmado un acuerdo prenupcial que recogía los términos de su matrimonio unas horas antes, Karen seguía cuestionándose si había hecho bien aceptando aquella proposición. Pero ya era demasiado tarde para echarse atrás.

Karen apartó la vista de la jueza y miró al jeque Ashraf ibn–Saalem. Su marido. Cielo Santo.

Había esperado en cierto modo encontrar en sus ojos una expresión que viniera a decir: «Ya te tengo». Pero en su lugar encontró un brillo de duda en sus ojos oscuros, como si viera sus propias preguntas reflejadas en su mirada, como si él también se estuviera preguntando si habían hecho lo correcto.

Karen esperó con nerviosismo el momento de sellar el trato ante la mirada atenta de sus primos Daniel y Maria. Pero Ash sólo le rozó los labios con un beso inocente y le apretó la mano para tranquilizarla, la misma mano en la que lucía una alianza de oro decorada con piedras preciosas multicolores, incluidos varios diamantes. Ash le contó que había pertenecido a su madre, la reina de Zhamyr. Y ahora estaba en el dedo de Karen, una mujer que desde luego no había sido arrancada de los brazos de la realeza.

Por otra parte, Ash no llevaba anillo. Karen había considerado la posibilidad de comprarle uno pero él había asegurado que no le importaba no llevarlo. Karen decidió no darle más vueltas. Los matrimonios de verdad requerían anillos, no así los constituidos con el único fin de procrear un hijo. De otro modo habría insistido en que Ash llevara algún tipo de alianza. Después de todo era su marido y querría que las mujeres supieran que estaba fuera de sus posibilidades. Pero aquel no era un verdadero matrimonio.

—Bienvenido a la familia —dijo Daniel avanzando un paso y dándole a su amigo una palmadita en la espalda.

—Estoy encantado de emparentar contigo —aseguró Ash estrechando la mano de Daniel.

Maria le ofreció a Karen el ramo de rosas que el jeque había llevado para la boda. Hacía unos días que su prima la había puesto al día de sus intenciones de casarse con Ash para tener un hijo, y

María había decidido apoyarla plenamente en su decisión.

—Eres una novia preciosa —aseguró besándola en la mejilla.

—Tú también lo serás algún día —respondió Karen agarrando las flores y mirando a su prima con simpatía.

—Eso espero —susurró María mirando de reojo a Daniel y a Ash, que seguían conversando—. Tengo que marcharme.

—Claro —dijo Karen girándose hacia su marido—. Voy a pasar un momento al tocador de señoras. Nos encontraremos en la salida.

Así se aseguraría de que Ash no las seguiría a María y a ella.

—Como tú desees, mi adorada esposa —contestó el jeque.

«Esposa». Karen no estaba segura de que llegaría a acostumbrarse a ser su mujer. Pero lo era, aunque fuera temporalmente, y más le valía ir haciéndose a la idea. Y también al hecho de que aquella noche estarían juntos en todos los sentidos.

Karen siguió a María por el pasillo y se estremeció al considerar la idea de hacer el amor con Ash. Y se estremeció porque la idea le gustaba.

Por suerte el lavabo de señoras estaba vacío, lo que permitió que las dos primas disfrutaran de unos momentos a solas antes de que María partiera hacia Montana.

—Cuídate mucho y deja de llorar —le ordenó Karen abrazándola —. Me vas a estropear mi vestido de novia.

Era un sencillo modelo de satén que había comprado el día después de darle el sí al jeque, el día después de tomar la decisión de cambiar su vida y su futuro casándose con un hombre al que apenas conocía.

—Cuídate tú también —le pidió María—. Y mantén el corazón abierto, Karen. Nunca se sabe lo que puede resultar de esta unión.

—Espero que un bebé. Nada más.

Karen intentaría tener la mente abierta. Pero, ¿y el corazón? Aquello le parecía más peligroso. Tan peligroso como el agradable pensamiento de pasar unas horas en los brazos de Ash.

Su marido.

Capítulo Cuatro

—No me puedo creer que estés trabajando el día de tu boda, señorita.

Karen miró de reojo desde detrás del mostrador a Mimi, la camarera pequeñita de pelo gris que tenía el mismo encanto que la atmósfera anticuada de la heladería.

—Ha sido sólo una ceremonia civil. Nada del otro mundo, sólo un acto para oficializar la relación.

Para Karen, todo el concepto de estar casada con Ash seguía sin parecerle oficial. Tal vez su impresión cambiara a partir de aquella noche, después de estar en la cama de Ash, entre sus brazos, haciendo el amor con él. Procreando, se recordó a sí misma. Haciendo un bebé, no haciendo el amor.

—Deberías estar disfrutando de tu luna de miel —insistió Mimi cerrando la caja registradora con un certero golpe de cadera—. Una no se casa todos los días. Tendrías que estar con tu hombre, y no aquí trabajando.

—No se puede decir que esté precisamente deslomándome —aseguró Karen tras echar un vistazo a la tienda vacía.

—Podrías hacerlo si te fueras a casa con tu recién estrenado marido —contestó la camarera con un guiño—. Si es como los demás hombres, debe estar esperando ansiosamente la noche para cabalgar con su esposa.

Ashraf Saalem no era como la mayoría de los hombres que Karen conocía, y eso ya era motivo suficiente para asustarla. Muchas veces no sabía lo que pensaba y tenía que reconocer que su aire misterioso la intrigaba. La idea del jeque esperando por ella en la suite del hotel, esperando para hacerle el amor, le aceleraba el pulso. Eso si Ash no le había retirado la palabra. No se había tomado muy bien que al final no hubiera arreglado las cosas para tomarse el día libre.

Pero con Maria camino de Montana la tienda se quedaba en cuadro. Y Karen había prometido cuidar del negocio en ausencia de su prima.

—Mimi, tú y yo sabemos que esta noche esto va a llenarse hasta la bandera.

—Por eso he llamado a Verónica, la del pelo teñido de platino. Es un poco lenta, pero a los hombres les encanta.

—Cierto, Verónica no es muy rápida. Por eso tengo que quedarme al menos un rato más. Te prometo que me marcharé a las ocho, cuando esto esté más tranquilo.

Para entonces tal vez estuviera preparada para reunirse con Ash. Estaría menos nerviosa. Tras acabarse la taza de capuchino que tenía entre las manos tendría probablemente la dosis de cafeína suficiente como para afrontar la situación.

En ese momento sonó el teléfono y Karen agradeció la oportunidad de distraerse de sus pensamientos.

—Baronessa —dijo descolgando el aparato.

—Me estoy empezando a preguntar si mi mujer se reunirá conmigo alguna vez.

Karen dejó la taza sobre el mostrador y agarró con fuerza el teléfono. Le sudaban las palmas de las manos.

—Creo que tardaré al menos un par de horas más.

—Eso es mucho tiempo para que un hombre espere en su noche de bodas —respondió Ash exhalando un suspiro que se escuchó desde el otro lado de la línea.

—Lo siento, pero va a empezar a llegar la gente y la situación se va a volver incontrolable.

—Espero que cuando llegues las cosas se vuelvan también por aquí un poco incontrolables. En un sentido placentero.

Karen no quería reaccionar ante la insinuación, pero no pudo evitar la mezcla de escalofrío y calor que le recorrió el cuerpo. Al menos él no parecía enfadado. Al menos le hablaba.

—Estaré allí lo más pronto que pueda.

—Espero que no tardes. El champán está enfriándose, pero me temo que el hielo se derrite a medida que pasa el tiempo.

Igual que le sucedía a Karen al escuchar su voz profunda y ronca.

—No creo que yo deba tomar champán. Se me sube a la cabeza.

—No tengo ninguna objeción en que se te suba un poco. Tengo que reconocer que yo me siento un poco así en estos momentos al imaginarme que te quito la ropa.

Karen miró por encima de su hombro a Mimi, que fingía no estar escuchando.

—¿Algo más?

—Sí. Quiero advertirte que yo ya me he desnudado por completo. Y que he encendido el fuego de la chimenea para que estemos más a gusto.

La imagen de Ash desnudo ante las llamas irrumpió en el cerebro de Karen como una bomba.

—Eso suena… interesante —aseguró exhalando una leve respiración.

—Estoy convencido de ello. Más interesante de lo que tú o yo podamos imaginar.

La concepción debía ser la única preocupación de Karen, pero no podía evitar pensar en el placer que Ash le estaba sugiriendo. Así que, ¿por qué no se dejaba llevar y disfrutaba del proceso? Después de todo, ella era una mujer y él un hombre. Un hombre viril, seductor y misterioso.

Aquella noche, y sólo por una noche, se permitiría a sí misma la libertad de perder un poco el control para conseguir satisfacción y con un poco de suerte un hijo. Aquella noche, y sólo por una noche, se entregaría por completo al jeque, al menos físicamente hablando. Emocionalmente tendría que mantenerse fuerte.

—Karen, ¿quieres que te cuente qué más he imaginado?

Ella volvió a mirar a Mimi, que no paraba de hacer gestos. Karen colocó la mano en la puerta de la nevera que albergaba los helados y la retiró inmediatamente. En caso contrario corría serio peligro de derretir hasta el último gramo.

—No es realmente necesa…

—Tengo gran curiosidad por sentir tu piel desnuda bajo las manos. Y en averiguar cómo sabrás.

Toda tú. Y en cómo te rendirás cuando te lleve hasta…

—Tengo que colgar.

Karen colgó bruscamente el auricular y se giró de golpe al escuchar la risa cínica de Mimi.

—Vaya, vaya, señorita… o el teléfono quemaba o has decidido que de repente tienes mucha prisa en marcharte de aquí.

El único fuego que había estaba en el rostro de Karen.

—Ash ha preparado la cena —se disculpó sonrojándose—. Creo que no me gustaría hacerle esperar, y…

—Vamos, márchate —la interrumpió Mimi haciendo un gesto con la mano—. Nos las arreglaremos perfectamente, igual que tú te las arreglarás perfectamente con tu marido. De eso estoy segura.

Otra carcajada acompañó a Karen durante el trayecto hasta la puerta de Baronessa.

Durante todo el camino, Karen fue charlando con sus ovarios. Si decidían colaborar entonces terminaría el trabajo aquella misma noche. Pero en caso contrario tendría que seguir haciendo el amor con Ash un poco más.

¿Y por qué no le parecía aquello una perspectiva terrible? Karen sabía por qué. Durante la conversación telefónica había conseguido

excitarla con un par de palabras bien escogidas pronunciadas en un tono de voz capaz de convencer a un santo para que pecara. Por supuesto, Ash podría ser todo palabras y nada de acción… y seguro que también alguien podía aparecer en la puerta de su casa para regalarle un millón de dólares.

Karen llegó al hotel considerablemente pronto teniendo en cuenta el tráfico denso y su incapacidad para concentrarse en la conducción. Al llegar a la puerta de la suite dudó unos instantes. ¿Y si Ash no hubiera estado bromeando? ¿Y si le abría la puerta desnudo como vino al mundo? Si eso ocurría, trataría de mantener la vista arriba y no desmayarse en el pasillo.

Exhaló un profundo suspiro e hizo el amago de llamar a la puerta. Entonces recordó que Ash le había dado una tarjeta para abrir la habitación. Revolvió su bolso hasta encontrarla al fin. Entonces la introdujo en la cerradura con dedos temblorosos y abrió la puerta. La habitación estaba en silencio y prácticamente en penumbra a excepción de la tenue luz de la chimenea que había en la zona de estar.

Karen siguió el fuego con la mirada hasta detenerla en el sillón que estaba colocado enfrente y en el que estaba sentado su marido. Su marido desnudo.

Tenía que reconocer que era un hombre de palabra. Un hombre de palabra con un cuerpo capaz de derretir la nieve de Montana.

Karen posó los ojos inmediatamente sobre su pecho desnudo, un territorio de bronces interrumpido únicamente por unos mechones de pelo oscuro que al descender se transformaba en un sendero viril que viajaba por su vientre hasta…

Karen no quería mirar más abajo pero eso fue exactamente lo que hizo mientras trataba de respirar con normalidad, algo que le resultaba imposible. Ash estaba sentado con las piernas estiradas, los tobillos cruzados, una copa de champán en la mano y una expresión burlona que demostraba que le divertía la incapacidad de Karen para apartar la vista. Parecía tan cómodo con su desnudez como incómoda estaba ella.

Pero incómoda no era la palabra. Karen estaba fascinada. Fascinada por la estampa tan sensual que él componía. Fascinada porque estuviera ya absolutamente excitado.

Dejó su bolso de viaje en el sofá y se dirigió al cuarto de baño.

—Necesito darme una ducha —murmuró pensando que lo que le hacía falta era un tanque de oxígeno.

—Te tendré lista una copa de champán para cuando regreses —dijo Ash sujetándola por una muñeca cuando pasó a su lado.

—Bien —respondió ella sin atreverse a mirarlo por miedo a olvidarse de la ducha—. ¿Y te importaría poner algo?

—¿Música?

—No. Algo de ropa encima de tu cuerpo.

—Si eso es lo que quieres, llevaré la bata puesta cuando regreses. Y me encantará que me la quites.

—Regresaré en unos minutos —dijo ella por toda respuesta.

Al llegar al dormitorio, Karen cerró la puerta y apoyó el cuerpo contra ella. Se abrazó a sí misma para controlar los escalofríos, pero fue inútil. Tampoco estaba muy segura de que las piernas le respondieran, pero tenía que moverse. Tenía que ducharse y prepararse para la concepción. Prepararse para lo que Ash le tenía dispuesto aquella noche, fuera lo que fuera.

Ash no entendía por qué Karen estaba tardando tanto en el baño. Suponía que tal vez estuviera nerviosa. Tal vez la había escandalizado sin pensarlo con su desnudez, aunque lo cierto era que le había advertido. Pero quizá no debería olvidar que todavía no tenían confianza, aunque él se encargaría de cambiar aquello cuando Karen regresara.

Lo cierto era que estaba experimentando una cierta sensación de incomodidad a pesar de que ver a Karen entrar por la puerta, aunque fuera completamente vestida, había avivado su deseo por ella.

Ash recorrió de arriba abajo la habitación pensando en la razón oculta de su propia intranquilidad. Normalmente no tenía ningún problema a la hora de hacer el amor. Había aprendido a una edad relativamente temprana a proporcionar placer a una mujer y a recibirlo durante el acto amoroso.

Pero aquella noche temía no ser capaz de derribar la resistencia de Karen y que ella estuviera dispuesta a recibir sin tabúes lo que él le ofrecía. Ash tenía miedo de que sólo viera el acto como un medio para conseguir un fin, que no fuera capaz de verlo de otro modo que no fuera como un semental haciendo un servicio. Y él deseaba que lo viera como un hombre, no como un príncipe. Un hombre que quería tenerla toda entera, incluidos su confianza y su respeto.

Aquello era muy importante para él, y era algo que no deseaba desde hacía muchos años. Quince años para ser exactos. Pero aquella noche no pensaría en ello. Volcaría toda su energía en las necesidades de Karen.

—¿Ash?

El jeque se dio la vuelta y se encontró con su esposa vestida con un camisón de encaje del color de la rosa del desierto que dejaba

entrever las curvas de su cuerpo. Llevaba el cabello castaño suelto, enmarcándole el óvalo de la cara en suaves ondas.

La visión de Karen de espaldas a la luz del fuego y la certeza de que era suya, al menos por aquella noche, provocó que Ash se pusiera duro como el acero bajo la bata que se había puesto. Todos los músculos de su cuerpo se tensaron con el deseo de poseerla allí mismo.

Pero cuando vio la incertidumbre reflejada en los ojos de su esposa recordó que tenía que tranquilizarse, mantener el control y tratar de persuadirla suavemente, olvidando lo desesperado que estaba su cuerpo por vaciarse.

—Ven aquí —dijo estirando el brazo hacia ella.

Karen avanzó lentamente en su dirección y tomó la mano que le ofrecía. Cuando la condujo hasta el sofá y la sentó a su lado, ella frunció el ceño.

—¿Qué tiene de malo el dormitorio?

—Más tarde —aseguro Ash sirviéndole una copa de champán—. Tal vez deberíamos hablar un poco antes.

Cuando le ofreció la copa se dio cuenta de que a ella le temblaban ligeramente las manos. El también experimentó un estremecimiento, pero no tenía nada que ver con los nervios. El suave pico de sus pezones se marcaba bajo la tela de encaje que cubría sus senos redondos. Ash se esforzó para ganar la batalla del control.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó Karen mirando fijamente su copa de champán y recorriendo el vidrio suavemente con un dedo.

«De lo que voy a hacerte esta noche», pensó.

—Del día que has pasado —dijo moviéndose casi imperceptiblemente para guardar la distancia entre ellos y mantener atado su deseo—. Pareces cansada.

—Lo estoy —confesó Karen bebiendo un sorbo de champán—. Ha sido un día muy largo.

—Túmbate —dijo entonces el jeque sujetándole la copa.

—Ash…

—Sólo quiero ayudarte a que te relajes.

Los ojos de Karen, que parecían de oro bajo el reflejo del fuego, mostraban desconfianza cuando colocó la cabeza sobre el brazo del sofá y se cubrió los pechos con las manos. Ash le colocó las piernas encima de su regazo con cuidado de no acercarlas demasiado a su erección. El más mínimo contacto en aquella zona podría hacerle olvidar su voto de paciencia.

Comenzó entonces a masajearle los pies, aquellos pies tan finos con las uñas pintadas del mismo color rojo que el camisón. Trabajó el interior, los talones y aquellos pulgares delicados que encontraba tan intrigantes. Cuando comenzó a subir por las pantorrillas Karen se puso tensa. Y cuando le deslizó las yemas de los dedos en la cara interna de los muslos abrió los ojos de par en par.

—¿Estás más relajada? —preguntó Ash sin dejar de acariciarle las piernas con movimientos certeros.

—No exactamente.

—Dime qué puedo hacer para ayudarte.

—No lo estás haciendo mal —respondió Karen exhalando un medio suspiro cuando él subió los dedos unos milímetros.

¿Que no lo estaba haciendo mal? Aquello no iba para nada con Ash. Se bajó del sofá con gesto decidido y se puso de rodillas delante de ella. Tenía los labios dibujados de un rojo profundo parecido al de las uñas. Muy tentador, pero Ash no estaba todavía preparado para besarla. Al menos no allí.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó ella con incomodidad.

—Tienes que recordar dónde estás y disfrutar.

Ash le bajó uno de los tirantes y depositó suavemente los labios sobre el hombro desnudo. Luego procedió a hacer lo mismo con el otro tirante. Podía sentir el corazón de Karen latiendo con fuerza en el punto en que su pecho se encontraba con sus senos y supo que en cierto modo estaba triunfando con su seducción.

—Eres muy hermosa —susurró masajeándole suavemente los hombros desnudos—. ¿Estás más relajada?

—Me voy acercando —respondió Karen reprimiendo un gemido —. Lo estás haciendo muy bien.

Al menos sus esfuerzos habían pasado de no estar haciéndolo mal a hacerlo muy bien. Ash esperaba llegar a hacerlo maravillosamente pronto. Estaba deseando darle a Karen la satisfacción que se merecía, demostrarle que sus necesidades eran para él más importantes que las suyas propias. Pero todavía no. No hasta que supiera que ella estuviera completamente lista para él.

—¿Por qué te paras? —preguntó Karen desconcertada cuando Ash se fue al otro extremo del sofá.

—Necesitas descansar —aseguró él atrayéndola hacia sí y colocándole la cabeza sobre su hombro—. Cierra los ojos.

—Pero ¿y el bebé?

Tal y como sospechaba, concebir un hijo seguía siendo su prioridad. Y Ash pretendía desviar su atención de la concepción hacia el proceso de conseguir ese objetivo.

—Tenemos toda la noche. Ahora necesitas relajarte. Prefiero que estés bien despierta y cargada de energía antes de que vayamos más lejos.

—Bueno, si insistes… —accedió Karen reposando la cabeza sobre su hombro—. Pero no voy a dormirme.

Sin embargo, no pasó mucho tiempo antes de que la respiración calmada de Karen se escuchara en medio del silencio de la sala y Ash se diera cuenta de que estaba dormida. Había querido que se relajara, quizá no hasta ese punto, pero, como él mismo había dicho, la noche era muy larga.

Si por él fuera pasarían juntos todas las noches de su vida. Pero a menos de que pudiera convencer a Karen de que lo dejara tocarla después de concebir, que le permitiera quedarse con ella después de que naciera su hijo, aquellos serían los únicos momentos que tendrían para estar juntos. Y la intención de Ash era sacarles el mayor partido posible.

El tiempo estaba de su parte. Por el momento.

Capítulo Cinco

Karen perdió la noción del tiempo y del espacio. Sólo sabía que estaba en una cama y que no tenía ni idea de cómo había llegado hasta allí. Cuando se espabiló por completo miró a la derecha y leyó en la pantalla verde del despertador que eran más las doce y media de la noche. Miró a su izquierda y vio una figura tendida a su lado.

Ashraf Saalem. Su marido. Desnudo de nuevo.

La ligera apertura de las cortinas permitía la entrada de las luces de la noche de Boston iluminado su cuerpo. Estaba tendido boca abajo con los brazos cruzados sobre la almohada y la cara vuelta hacia la ventana. Karen se puso de lado y observó las subidas y bajadas de su espalda poderosa, la fuerza de su columna vertebral y la curva de sus nalgas.

Era un hombre magnífico y estaba al alcance de su mano. O eso había pensado Karen. Ella esperaba que le hiciera el amor en el sofá, casi le había suplicado que siguiera adelante aunque su orgullo le había impedido pedírselo directamente. De acuerdo, estaba cansada, más de lo que se había imaginado, pero no tanto como para no haberle permitido encantada que siguiera. Y sin embargo se había sentido muy segura entre sus brazos descansando la cabeza sobre su hombro. Tan relajada que se había dormido en cuestión de minutos. Y Ash se las había arreglado para llevarla al dormitorio sin que ella se diera cuenta. ¿Qué más le habría hecho?

Karen se llevó la mano al pecho y se dio cuenta de que su camisón seguía intacto. Igual que su deseo por él. Que su deseo de concebir un hijo, se recordó a sí misma. Después de todo, aquella era la razón por la que estaba allí.

Sin dejar de darle vueltas en la cabeza a sus preocupaciones, Karen le puso la mano suavemente en la espalda y apoyó la palma entre los omóplatos. La temperatura del cuerpo de Ash era volcánica, y no le sorprendió. Todo en él hablaba de fuego, un fuego capaz de acabar con el sentido común de una mujer en cuestión de segundos.

El no se movió ni un ápice, ni siquiera cuando ella trazó con un dedo el camino de su espina dorsal hasta la cintura. No podía detenerse allí. No podía dejar pasar la tentadora oportunidad de comprobar la firmeza de su trasero. Recorrió con la palma aquel territorio masculino y luego descendió por sus muslos para luego

volver a subir.

Se sentía como un niño experimentando con barro por primera vez, o como una mujer llena de deseo mientras exploraba con indolencia, recorriendo levemente la zona con la yema de un dedo, deteniéndose allí donde los muslos se juntaban. Karen apretó sus propios muslos para prevenir el calor húmedo que la invadió al pensar en la posibilidad de ir más allá en su exploración.

Lo deseaba. Lo deseaba mucho. Deseaba descubrir qué se sentiría cuando él la convirtiera en puro e irracional deseo femenino. Armándose de valor, se acercó un poco más a él y le colocó los labios sobre la espalda. No pensaba despertarlo, pero pretendía desde luego disfrutar con su exploración.

—Ya veo que te has despertado.

—Lo mismo digo —respondió Karen apartándose un poco para comprobar que Ash se había dado la vuelta y la miraba.

—Todavía no me he dormido —aseguró Ash con una carcajada.

—Pero…

Karen no supo qué decir. Él había sido consciente todo el tiempo de sus caricias. La situación debería haberla avergonzado, pero por alguna razón no fue así. Le otorgó una extraña sensación de poder.

—¿Estás más descansada? —le preguntó Ash—. ¿Lo suficiente como para continuar con nuestra luna de miel?

—Si tú no estás cansado… —insinuó ella.

—Nunca en toda mi vida he estado más animado —aseguró él deslizándole un dedo entre los senos.

Cuando Ash rodó sobre sí mismo y se colocó encima de ella, Karen contuvo la respiración. Él estiró la mano para alcanzar la lámpara de la mesilla y la encendió, iluminando completamente la habitación.

—¿Qué haces? —preguntó ella con voz ronca.

—Quiero verte —aseguró Ash recorriéndole lujuriosamente el cuerpo con la mirada—. Quiero verte entera.

Karen podía verlo entero a él. Casi. Podía ver el volumen de su pecho esculpido, su vientre plano, pero no podía ver más abajo. Y sin embargo podía sentirlo. Podía sentir su «arma secreta» presionándole la cadera, y no le hubiera sorprendido que en cualquier momento hubiera ardido espontáneamente.

—Quítate el camisón —le ordenó él en voz baja.

—¿No quieres hacerlo tú?

—Lo haría de buena gana, pero prefiero ver cómo te desnudas para mí.

A Karen no le quedaba ni el más mínimo ápice de voluntad para

protestar.

—Sal de la cama —le pidió Ash cuando comenzó a bajarse los tirantes—. Quiero ver cómo la tela resbala por tu cuerpo. Y creo que a ti también te gustará.

Ella no estaba tan segura. Nunca antes se había desnudado para un nombre, ni siquiera para Carl, su prometido. Él prefería la oscuridad. De hecho, Karen nunca lo había visto desnudo bajo la luz.

Pero si hacía lo que Ash le pedía tendría la oportunidad de ver todas y cada una de las partes de su cuerpo, y eso la impulsó a saltar de la cama. Ash se quedó donde estaba, con la cabeza apoyada en el codo y mirándola con aquellos ojos tan oscuros como el carbón.

Karen se forzó a mantenerle la mirada y deslizó lentamente los tirantes del camisón por los hombros hasta dejar sus pechos al descubierto. Sintió una corriente de aire fresco que, unida al calor que desprendían los ojos de Ash, provocó que la piel se le erizara.

Sólo entonces se aventuró a echar un vistazo más abajo de la cintura de Ash para comprobar su verdadera reacción. Una reacción evidente. Y mientras se quitaba lentamente el camisón, Karen experimentó una creciente sensación de poder mientras observaba cómo la virilidad de Ash se hacía más grande ante sus ojos. Se detuvo cuando la prenda llegó al abdomen para aumentar la tensión y luego, sonriendo levemente, deslizó el camisón por las caderas. La prenda cayó al suelo formando una bola de encaje a sus pies.

Ash se sentó y tocó con el suelo las piernas, sin dejar de mirarla.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó ella.

—Acércate más y te demostraré cuánto —respondió Ash escrutándola de arriba abajo con la mirada.

Karen se acercó y se detuvo justo a su lado. El abrió las piernas y la atrajo hacia el centro de ellas.

—Eres preciosa —murmuró trazándole el contorno de un pecho con el pulgar antes de hacerlo con el otro.

Luego repitió la operación pero con los pezones y utilizando esta vez la lengua. Inconscientemente, Karen se inclinó hacia delante, ofreciéndose. Ash la saboreó y ella sintió la urgencia de su propio deseo en el centro de su cuerpo.

Ash la mantuvo sujeta por la cintura mientras ella se agarraba a sus hombros para evitar perder el equilibrio. Y entonces la besó en la boca. Karen sentía deseos de gritar debido a las sensaciones que estaba experimentando.

—Me encanta cómo sabes —susurró el jeque deslizando las

manos para explorar el territorio de sus nalgas.

A cada caricia pasaba más cerca del punto en el que sus piernas se unían, el punto donde Karen necesitaba más atención. Como si le hubiera leído el pensamiento, Ash llevó la mano hasta su nido de rizos negros y la acarició suavemente sin dejar de mirarla. Un gemido que más bien parecía una súplica brotó de la garganta de Karen a pesar de sus intentos de controlarse. Nunca había estado tan cerca de rogarle a alguien que calmara aquel deseo. Nunca había estado tan cerca de llegar al orgasmo.

—¿Quieres que te toque, Karen?

—Sí —respondió ella suspirando.

—Entonces lo haré y tú mirarás.

Y ella miró. Y vio cómo Ash le separaba los muslos y cómo acariciaba los alrededores del núcleo de su cuerpo, primero suavemente, luego con más insistencia para volver a tocarla con dulzura, volviéndola completamente loca.

—También aquí eres preciosa —murmuró clavando la mirada en la parte que estaba acariciando.

Karen estaba absolutamente perdida en el erotismo del momento mientras él la acariciaba con una pericia con la que ella sólo había soñado hasta entonces. Le temblaban las rodillas y si no hubiera estado agarrada a sus hombros tal vez se hubiera caído. Pero eso no impidió el ataque carnal que Ash estaba llevando a cabo sobre su sentidos ni el clímax que iba abriéndose paso en el interior de Karen.

Y entonces Ash apartó las manos. Esta vez ella gimió de veras. ¿Acaso había decidido volverla loca? Si volvía a decirle que necesitaba descansar se vería obligada a golpearlo.

—No he terminado —la tranquilizó él—. Es que quiero sentirte cuando alcances tu clímax. Ven aquí —dijo tomándola de las manos y atrayéndola hacia sí.

Karen se apoyó en sus muslos y, con su ayuda, entró en él con movimientos muy lentos. Pero antes de que intentara introducirse por completo en su interior, Ash la detuvo agarrándola con firmeza de la cintura.

—Relájate un instante.

¿Relajarse? ¿Cómo iba a relajarse en aquella postura? ¿Y por qué quería él que se relajara?

—Estoy bien —insistió Karen.

—Estarás mejor dentro de un instante.

Manteniendo una mano en su cintura, Ash la acarició con la otra, la tocó sin piedad hasta que la llevó de nuevo hasta ese lugar

en el que nada importaba, excepto aquella maravillosa sensación. El orgasmo la alcanzó de pleno en oleadas de placer húmedas y constantes.

Ash gimió y dijo algo que resultó incomprensible para ella, pero que sonó a súplica desesperada y luego le pidió:

—Haz conmigo lo que quieras. Ahora mandas tú.

—Será un placer.

Y lo fue. Un placer absoluto. Todas las ideas al respecto de aquella unión desaparecieron de la mente de Karen mientras se zambullía en el momento. Con las manos de Ash firmemente plantadas en las caderas se movió en un ritmo que dio comienzo lentamente antes de volverse salvaje y enloquecido.

Karen lo besó con toda la pasión que bullía en su interior, recorriéndole la boca con la lengua en embates frenéticos no muy distintos al acto amoroso que estaban compartiendo.

—Ahora —dijo Ash con voz ronca, dejando un instante de besarla.

Entonces la agarró de las caderas y se hundió con más fuerza dentro de ella, más profundamente de lo que Karen imaginó nunca posible. Ash tenía el cuerpo en tensión y el pecho pegado contra sus senos. Ella sintió el torrente de su clímax, sintió al jeque estremecerse con la fuerza del mismo.

Ash cayó rendido de espaldas atrayendo a Karen con él. Siguió temblando, o quizá era ella la que temblaba. No era posible saberlo teniendo en cuenta lo pegados que estaban.

Se quedaron así un rato, en silencio, hasta que Ash rodó sobre sí mismo y se incorporó sobre ella. Karen esperaba que dijera algo, pero en lugar de eso la besó con una dulzura que contrastaba con su incontrolada manera de hacer el amor. Fue un beso tierno, que despertó en Karen sentimientos en los que no quería ni pensar.

Ash se acomodó sobre la cama y apoyó la cabeza de Karen sobre la almohada sin dejar de mirarla. La estrechó entre sus brazos poderosos, le acarició el pelo y la hizo sentirse protegida y apreciada por primera vez en mucho tiempo. De hecho, nunca se había sentido así en toda su vida y eso la asustaba.

Ash le habló en susurros. Le preocupaba haber sido demasiado brusco. Ella le aseguró que había sido maravilloso y eso provocó en él una sonrisa tan dulce como los besos que seguía dándole. Una fisura de emoción se abrió en el corazón de Karen a pesar de su determinación de mantenerlo cerrado a cal y canto. Se dijo a sí misma que era sólo una ilusión, que lo que en aquellos momentos sentía por Ash era consecuencia del placer sexual tan increíble que

había experimentado. Y le pidió a su corazón que siguiera siendo fuerte, que se protegiera.

Poco antes de que amaneciera, Ash se dirigió a la terraza con una taza de café y un puñado de sentimientos que no era capaz de explicar.

Tal y como había previsto, hacer el amor con Karen había sido una experiencia de lo más placentera. Pero no había contado con aquella extraña pesadumbre que sentía en el corazón después de hacerlo. Iba mucho más allá del deseo y ponía a su alma en alerta.

Ash no le tenía miedo a casi nada. Había escalado las escarpadas cimas del mundo de las finanzas, había salido de debajo del ala de su padre y había abandonado el único hogar que conocía para buscar su propio lugar en el mundo. Pero enamorarse de otra mujer, una mujer que también podría abandonarlo, era algo que no estaba dispuesto a afrontar. No podía permitirse sentir por ella nada más que un cálido afecto. No quería nada más.

Sus obligaciones respecto a Karen consistían únicamente en tener un hijo y establecer una relación basada en el respeto mutuo, no en el amor.

Pero no podía negar que le gustaba que ella fuera tan apasionada, tan fuerte, y la deseaba con cada respiración. Ni siquiera el aire fresco de Boston era capaz de apagar su calor cuando pensaba en la posibilidad de regresar a la cama y alcanzar cotas mayores. Todavía no había ni empezado a mostrarle a Karen todos los modos en los que un hombre y una mujer podían proporcionarse mutuamente placer. Prefería revelarle dichos aspectos en pequeñas dosis. Si ella decidía concederle ese honor durante los próximos meses. Los próximos años.

—Me marcho.

Ash se giró y se encontró con Karen en el umbral de la puerta vestida con un traje de chaqueta blanco y negro y el pelo recogido en un moño. A menos que se equivocara parecía dispuesta a regresar al trabajo, y eso lo puso furioso.

Colocó muy despacio la taza de café sobre la mesa de la terraza y trató de contener su rabia.

—¿Adonde vas tan temprano?

—A trabajar. Tengo que abrir la heladería porque María no está.

—¿Significa eso que regresarás más pronto hoy, entonces? —preguntó Ash metiendo las manos en los bolsillos de la bata.

—La verdad es que no lo sé. Comprobaré los turnos, pero seguramente tendré que quedarme hasta por la noche.

—¿Y después?

—¿A qué te refieres? —preguntó Karen frunciendo el ceño.

—¿Te reunirás conmigo aquí?

—Supongo que podría, al menos un par de noches más —respondió ella tras morderse el labio inferior durante unos segundos—. Será entonces cuando acabe mi ciclo fértil.

—Entonces, ¿no tienes ninguna intención de que vivamos juntos como marido y mujer? —insistió Ash acercándose a ella.

—No lo sé, la verdad. Me encanta mi apartamento pero no creo que a ti te gustara vivir allí.

—A mí me gustaría vivir donde tú vivas.

—Tal vez deberíamos hablar de eso después —respondió Karen apartando la mirada—. Si no me marcho enseguida pillaré el atasco y llegaré tarde. Le prometí a Maria que cuidaría del negocio durante su ausencia.

—Cuando Maria vuelva no será necesario que sigas trabajando.

—Ash, tengo la intención de seguir trabajando en Baronessa —aseguró ella sin vacilar—. Me encanta mi trabajo.

—¿Y si te quedas embarazada?

—Puedo trabajar hasta pocas semanas antes de que nazca el bebé.

—Entonces, no tengo nada que decir al respecto.

—No, por supuesto que no. Me gusta ser independiente. No me quedaré en casa sin hacer nada. Si viene un bebé, entonces consideraré mis opciones.

Ash se sentía atrapado entra la ira y la frustración. El fuego en los ojos de Karen alimentaba en él un deseo irracional de tomarla en brazos, llevarla de nuevo a la cama y utilizar todas las tácticas sexuales que conocía para hacerla olvidar el trabajo y todo lo que no fuera él.

—Vete a trabajar —dijo entonces, con una presencia de ánimo que no sentía—. Ya hablaremos de todo esto cuando regreses.

—Gracias por darme permiso —respondió Karen mirándolo con acritud—, pero en lo que se refiere a mi trabajo no hay nada más de que hablar.

—¿Y crees que podría convencerte para que te despidieras de mí con un beso? —preguntó entonces él con una sonrisa, cambiando de estrategia—. Así pasaré mejor el día hasta que volvamos a encontrarnos.

—Supongo que sí —respondió Karen con un suspiro—, aunque lo cierto es que en estos momentos no tengo muchas ganas de mostrarme cariñosa contigo.

Aquello era algo que Ash estaba dispuesto a remediar. Se acercó

hacia ella y sin el menor titubeo la besó con toda la fuerza de su pasión, de su deseo. Y Karen respondió del mismo modo que lo había hecho el día que había accedido a su propuesta, del mismo modo que había hecho la noche anterior. Como si estuviera tratando de demostrar quién tenía el control. Y lo cierto era que el propio Ash empezaba a preguntárselo.

Sus bocas se fundieron como si cada uno dependiera de la respiración del otro para sobrevivir. La bolsa de viaje de Karen cayó al suelo y le echó a Ash los brazos al cuello. Él la rodeó por la cintura y la atrajo hacia sí para hacerle saber que podía llevar la situación más lejos, que podía llevarla más allá.

Pero Karen no permitió que las cosas fueran más allá de un beso y se apartó.

—Aguanta hasta esta noche —dijo con una sonrisa, mientras recogía su bolsa del suelo—. Y mientras tanto podías pedirle zumo de naranja al servicio de habitaciones. Dicen que es de gran ayuda para la fertilidad. Te veré más tarde.

Y dicho aquello se marchó, dejando a Ash sólo con su incomodidad y una fuerte determinación.

Tenían mucho que aprender el uno del otro y muchas decisiones que tomar. Se negaba a vivir separado de ella. Después de todo, era su marido. Por supuesto, la suite del hotel no era un verdadero hogar, sólo una residencia temporal. Consideró la posibilidad de mudarse a casa de Karen, pero un apartamento no sería suficiente si tenían un hijo, por lo que sólo quedaba una opción.

Con el ánimo renovado por su nuevo objetivo, Ash entró en el dormitorio y descolgó el teléfono. Si la fortuna le era favorable, aquel mismo día quedaría zanjado el tema de la vivienda.

Capítulo Seis

—Tienes que venir conmigo ahora.

Karen se giró desde la mesa en la que estaba tomando un pedido y se encontró con que Ash estaba a su lado. Llevaba puesto un traje de chaqueta oscuro y un turbante árabe que le cubría su negro cabello. A juzgar por su expresión, se trataba de un asunto importante.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Necesito urgentemente tu ayuda.

—No puedo marcharme sin más.

—Por supuesto que puedes, cariño —dijo la pelirroja de labios pintados a tono con su cabello a la que estaba tomando nota—. Si un desconocido tan atractivo viniera a mí solicitándome ayuda me iría sin dudarlo.

—No es un desconocido —respondió Karen sin poder evitar un punzada de orgullo—. Es mi marido.

—¿Ocurre algo? —preguntó Mimi acercándose.

—Creo que no nos han presentado —dijo Ash tendiéndole la mano—. Soy el jeque Ashraf Saalem, el marido de Karen.

—Oh, sí, me acuerdo de usted —aseguró la camarera estrechándole la mano—. ¿Ha venido a ver a su esposa?

—Necesitaría robársela durante un rato —afirmó Ash pasándole la mano por la cintura a Karen.

—Por supuesto, llévesela —contestó Mimi.

—No puedo marcharme ahora —intervino Karen, que se sentía completamente desplazada—. Es la hora del almuerzo.

—Por supuesto que puedes, señorita. Hay gente de sobra para cubrir tu puesto, así que vete ahora mismo con tu marido. Nos las arreglaremos sin ti.

Karen se desabrochó el delantal, lo colocó doblado debajo del mostrador y agarró su bolso.

—Más te vale que sea importante —murmuró entre dientes, mientras se dirigía a la puerta.

—Te aseguro que lo es —respondió Ash a su espalda.

Karen se detuvo en medio de la acera. No tenía ni la menor idea de hacia dónde se dirigían ni si Ash había ido en coche. Entonces él señaló con un gesto el coche plateado que estaba aparcado enfrente con la capota bajada. Se trataba de un Rolls Royce plateado y

convertible. Ash le abrió la puerta y ella se sentó en el asiento del copiloto.

—¿Te importaría decirme adonde vamos? —le preguntó Karen mirándolo fríamente cuando él ocupó su lugar detrás del volante.

—Es una sorpresa —aseguró el jeque arrancando el coche—. Creo que te gustará.

Karen se resignó al hecho de que Ash no fuera a decirle nada más y decidió reclinarse en el asiento para disfrutar de la sensación de sentir el viento en el rostro.

Tras dejar atrás el centro de Boston atravesaron la autopista hasta que comenzó a vislumbrarse una playa de arenas doradas y agua cristalina. Pero lo que más llamó la atención de Karen fueron las magníficas mansiones que tenía a la izquierda y que daban al mar.

Le comentó a Ash la belleza de aquellas construcciones, pero él se limitó a sonreír. Estaba claro que no apreciaba el significado histórico de aquella zona.

Unos minutos más tarde Ash tomó un desvió que llevaba directamente a una de las casas, una construcción de estilo colonial en tono beige de dos plantas, rodeada de olmos. Durante unos instantes, Karen dejó volar su imaginación y se preguntó qué se sentiría al vivir en un sitio tan elegante.

—Este lugar es increíble, pero, ¿qué estamos haciendo aquí?

—Enseguida lo verás —respondió Ash misteriosamente, parando el coche y apagando el motor.

Antes de que Karen le hiciera más preguntas, el jeque se bajó del coche a toda prisa para abrirle la puerta. Ella se bajó y aspiró con fuerza el aroma a mar que salía del puerto que estaba detrás de la propiedad.

—¿Quién vive aquí? —preguntó con curiosidad al ver que Ash se acercaba a la imponente puerta de entrada.

—Nosotros viviremos aquí —respondió él con naturalidad sacándose una llave del bolsillo.

Impactada, Karen buscó en su cabeza una respuesta apropiada mientras lo seguía hacia el interior. Allí se encontró con un vestíbulo capaz de dejar sin respiración al hombre más austero del planeta. Los techos debían medir más de seis metros de alto. Una amplia escalera cubierta con una alfombra azul llevaba hasta la parte de arriba. Sin poder reprimir la curiosidad, Karen se acercó al pie y levantó un extremo de la alfombra. Tal y como había imaginado, la tela cubría el suelo original, que parecía de marquetería.

Como siempre le sucedía, se puso en el papel de diseñadora y vio inmediatamente las posibilidades que tenía la casa. Las paredes de entrada necesitaban una buena capa de pintura y suponía que al resto de las habitaciones les ocurriría lo mismo. Un bonito papel de pared decorado sería suficiente para restaurarle su encanto original, y…

«Espera un momento», se advirtió a sí misma dando un paso atrás mentalmente. ¿Habría escuchado bien a Ash? ¿De verdad que aquel lugar tan increíble le pertenecía?

—Creí que me habías dicho que no tenías hogar —aseguró dándose la vuelta y encontrándose de frente con un Ash de expresión muy divertida.

—Y así era. Pero he comprado esta casa esta mañana.

—¿Así, sin más, has pedido un crédito y…?

—La he pagado en efectivo.

—A ver si lo he entendido: Esta mañana te has levantado, has tomado un café, te has dado una ducha y te has lanzado a recorrer la costa de Massachussets hasta encontrar esta casa…

—La verdad es que cuando hablé con Daniel esta mañana y le conté lo que quería hacer él me sugirió esta propiedad. La construyeron en el siglo diecinueve como residencia de verano. Por desgracia ha sido objeto de disputa por una herencia durante años, y por eso está un poco abandonada, pero enseguida vi su potencial.

—Es muy bonita —aseguró Karen.

—El papeleo tardará todavía unos días —comentó Ash—, pero por lo que a mí respecta la casa es nuestra.

¿Nuestra? Casarse con Ash era una cosa. Tener un hijo con él era otra. Pero compartir una casa con él sonaba demasiado a matrimonio de verdad y Karen no estaba preparada para enfrentarse a ello en aquellos momentos.

—¿Y por qué has tomado la decisión tú sólo de comprar una casa para que vivamos los dos sin consultarme?

—Te habría consultado si no te hubieras empeñado de tal modo en ir a trabajar. Daniel me contó que habías estudiado diseño de interiores y pensé que te gustaría decorarla a tu gusto. ¿Quieres que veamos el resto de la casa?

Oh, no. Karen se negaba a enamorarse de aquella mansión hasta no tener claras algunas cosas.

—En primer lugar quiero saber qué ocurrirá con la casa cuando ya no estemos juntos.

—¿Te refieres a si nos divorciamos? —preguntó Ash endureciendo la expresión—. Será tuya. No veo la necesidad de

tener una casa si no tengo una familia con quien compartirla.

Karen sintió de pronto remordimientos ante su falta de tacto cuando leyó el dolor en los ojos del jeque y escuchó su tono de voz. Le había comprado una casa, una casa preciosa para ella y para el hijo de ambos. Lo menos que podía hacer era agradecérselo. Ya se preocuparía de lo demás más adelante.

—Lo siento —se disculpó—. Es preciosa, Ash, de verdad. Es sólo que me hubiera gustado que me consultaras primero. ¿Quieres enseñarme el resto?

El camino de regreso a casa lo hicieron en silencio. Ash seguía dándole vueltas a la preocupación de Karen por lo que sería de la casa si se separaban. A él lo que le preocupaba era qué sería de él. Se negaba a que Karen lo apartara de su vida y de la vida de su hijo como si fuera un periódico viejo.

Sencillamente tendría que esforzarse más en convencerla para que siguieran juntos. Lo que no sabía era cómo hacerlo. O tal vez sí. De lo que no cabía duda era de que entre ellos existía algo imposible de negar: el deseo. Por fortuna, aquel era un aspecto que Ash podía utilizar a su favor. Eso y su separación temporal.

Porque mientras Karen le echaba un largo vistazo a las habitaciones de la planta de arriba, él había recibido una llamada de un inversor al otro lado del atlántico que reclamaba sus servicios. Ash hubiera preferido no marcharse pero se había visto obligado a acceder a reunirse con él en Europa para no perder un negocio muy lucrativo. Pero viéndolo desde el lado positivo, la distancia podría ayudarlo en lo que se refería a su desconfiada esposa. Aunque seguramente era un estúpido al creer que Karen echaría de menos su compañía.

Cuando llegaron a la entrada de la heladería, Ash paró el motor y echó la capota del coche para tener un poco más de intimidad.

—Tengo que hablar contigo de lo de esta noche —aseguró girándose para mirar a Karen—. Me temo que he recibido una llamada de negocios. Tengo que marcharme inmediatamente.

—¿Hoy? —preguntó ella con expresión en cierto modo disgustada.

—Esta noche.

—Entonces no podremos… —comenzó a decir Karen, sin encontrar la expresión adecuada.

—¿Hacer el amor? No. Me temo que esto no puedo esperar.

—Ni yo tampoco. Quiero decir, que sólo me quedan un par de días fértiles.

—Si no hemos conseguido la concepción creo que tendremos

que posponer nuestros intentos hasta el mes que viene.

—¿Te vas a marchar todo el mes? —preguntó ella con un tono de desilusión que complació mucho al jeque.

—No creo que esté fuera más de un par de semanas.

—¿A qué hora sale tu avión? —preguntó Karen tras guardar silencio durante unos segundos.

—A las seis de la tarde.

—Yo no saldré del trabajo hasta las siete —respondió ella con aire pensativo, mientras jugueteaba distraídamente con los botones de su camisa. Aquel gesto tan simple le calentó la sangre a Ash y todo su cuerpo pareció cobrar vida. La deseaba. La deseaba en aquel momento. Y quería que ella lo deseara también a él. Tal vez pudiera convencerla para que se tomara la tarde libre y aprovecharan la oportunidad de pasar sus últimos momentos juntos realizando una actividad placentera. Pero no quería convencerla con palabras.

—Parece que nuestras responsabilidades laborales se interponen entre nosotros —susurró acariciándole levemente la rodilla por debajo de la falda.

—Sí, eso parece —respondió Karen si apartar la vista del salpicadero.

—Es una pena que no tengamos tiempo ni oportunidad de pasar la velada juntos —aseguró Ash trazando lentamente círculos en su muslo con un dedo—. ¿Por qué no vienes un rato al hotel conmigo?

Con la mano libre, Ash la tomó de la barbilla y le giró el rostro para besarla. Karen le correspondió con un ardor similar al suyo, embistiéndolo suavemente con la lengua de tal modo que a Ash no le quedó ninguna duda de que ella también lo deseaba.

—¿Seguro que no quieres conservar más recuerdos mientras yo esté fuera? —insistió, apartándose un instante pero sin dejar de acariciarle el interior de los muslos—. No hace falta que regresemos al hotel si no quieres…

—¿En el coche, en medio de la calle y a plena luz del día? —preguntó Karen con un suspiro, cerrando de golpe las piernas para evitar la progresiva ascensión de la mano de Ash—. Nos arrestarían. Además, no hay espacio suficiente.

—Hay muchas maneras de hacer el amor sin importar el lugar, Karen —le susurró el jeque al oído—. Y estoy deseando enseñártelas.

—Creo que sería conveniente que ambos recordáramos el trato —respondió ella apartándole la mano—. Una vez que me quede embarazada ya no haremos más el amor. De otro modo lo único que haríamos sería complicar las cosas.

—Entonces no volveremos a hacer el amor a menos que tú me lo pidas —contestó Ash con rabia apenas contenida—. Y me lo pedirás, Karen. Seguro que me lo pedirás.

Karen no le pidió a Ash que hicieran el amor. Por supuesto, ayudaba el hecho de que él llevara fuera de la ciudad quince días, diez horas y veinte minutos, más o menos. Ella ocupaba el tiempo con su trabajo en Baronessa y la supervisión de la reforma de la casa, pero no podía evitar pensar en Ash durante todo el día, y por supuesto por la noche. Pensaba a menudo en sus besos, sus caricias, su manera de hacer el amor… y también en cómo iban a organizarse para dormir cuando regresara.

Dos días atrás se había mudado de su apartamento con las pocas pertenencias que llevó consigo desde Montana. Los obreros habían ultimado los detalles del dormitorio principal antes de acometer la reforma de la cocina. El primer envío de muebles había llegado el día anterior, incluida la cama de matrimonio de gran tamaño, la única que había comprado. Y el hecho de pensar en ocuparla aquella noche sola acrecentaba la soledad de Karen, una soledad que la perseguía desde que Ash se marchó. La misma soledad que había conocido antes de ir a Boston.

Había hablado con Maria en varias ocasiones, y se alegraba de escuchar a su prima más animada, pero aquellas conversaciones no habían llenado el hueco que tenía Karen en el alma. Como tampoco lo habían hecho las llamadas ocasionales de Ash. Su marido se había limitado a preguntarle por el trabajo y los progresos de la casa, pero para Karen lo importante era lo que no le había dicho. No le había dicho que la echara de menos.

No dejaba de repetirse que así era mejor. Ya tenía demasiadas emociones confusas rondándole por la cabeza. Lo más aconsejable sería mantener la relación con Ash en un nivel platónico, a menos que no estuviera embarazada. Y eso lo averiguaría enseguida.

Karen sólo tenía tres días de retraso, pero el test garantizaba que era tiempo suficiente para saber el resultado. Mientras se arreglaba para ir al trabajo se esforzó por no mirar el palito blanco que estaba encima de la cómoda antes de que pasara el tiempo necesario, aunque la tentación era muy grande.

Delante del espejo, Karen se peinó el cabello y los segundos se convirtieron en minutos. Se cepilló los dientes, luchando contra el deseo de echar un vistazo. Luego se pintó los labios y se manchó la barbilla de tono coral al escuchar la alarma del despertador indicándole que había llegado la hora de la verdad.

Karen se limpió la barbilla con un pañuelo de papel y sólo

entonces se acercó al test de embarazo. Le temblaba la mano mientras lo sujetaba. Levantó el palito y estudió el resultado durante una décima de segundo. Apartó la vista, volvió a mirarlo y apartó la vista de nuevo. Allí constaba la respuesta a su pregunta, a su sueño.

Positivo.

Estaba embarazada. Embarazada e impresionada, feliz y asustada. Y en el silencio del cuarto de baño, en aquella casa vacía, no tenía con quién compartir la noticia. Ni siquiera con el hombre que la había hecho posible, el padre de su hijo.

Karen pensó que podría telefonear a Ash aunque no sabía qué agenda de trabajo tenía. Tampoco estaba muy segura de que ese tipo de noticias debieran contarse por teléfono. El jeque le había dicho que tal vez regresara a Boston al día siguiente, pero también le había asegurado que sólo estaría fuera dos semanas.

Tal vez debería haber esperado a su regreso para hacerse la prueba, pero quería saberlo cuanto antes. Así podía empezar a prepararse, cambiar sus hábitos de alimentación, dejar la cafeína… Ahora podía descansar tranquila con la satisfacción de haber conseguido su objetivo. La concepción era un hecho, y ya no había ninguna razón para hacer el amor con Ash.

Tal vez no la hubiera, pero eso no la hacía desearlo menos.

Karen pasó el día en la heladería en un estado de euforia total, sonriéndole a todo el mundo y experimentando una especie de emoción renovada cuando le tocaba servir a parejas con niños pequeños. Cuando regresó a casa aquella noche, le dolían los pies, estaba algo mareada y era incapaz de reprimir los bostezos. Después de darse una ducha volvió a mirar el test, como si temiera que los resultados hubieran cambiado. Pero como era de esperar seguía estando embarazada, encantada de estarlo y sola.

Karen sacó el camisón de debajo de la almohada pero dudó antes de ponérselo. Observó los dos armarios que había en el dormitorio y que parecían una metáfora de su relación con Ash. Dos personas habitando en un mismo espacio, dos personas provenientes de mundos distintos y que vivían prácticamente vidas separadas.

Karen abrió la puerta del armario que albergaba la ropa de Ash, que él mismo había hecho llevar cuando compró la casa. Ella nunca había tocado sus cosas, pero aquella noche sentía una extraña necesidad de hacerlo. Paseó la mano por los trajes y las camisas y encontró en medio de ellos una túnica de lino con incrustaciones en oro y borgoña. Parecía una túnica árabe. Nunca se la había visto

puesta a Ash, pero seguro que le daría un aspecto regio y elegante y estaría guapísimo con ella.

Karen sacó la túnica de la percha, dejó caer la toalla que tenía alrededor del cuerpo e introdujo en la prenda su cuerpo desnudo. La tela era algo ruda y le quedaba muy grande, pero no tenía intención de quitársela. Olía a Ash, y al ponérsela se sentía de alguna manera más cerca de él aunque entre ellos hubiera una distancia emocional y física de miles de kilómetros.

—¿Te gusta mi chilaba?

Pillada. Esa fue la única palabra que le vino a la mente cuando escuchó aquella voz inconfundible a su espalda.

Para confirmar que no estaba soñando se dio la vuelta muy despacio y se encontró con que Ash estaba en el umbral de la puerta del dormitorio. Estaba muy guapo y la miraba con intensidad. Pero no sonreía. De hecho, parecía incluso enfadado. Entonces Karen se fijó en la caja que tenía en la mano. Era el envoltorio del test de embarazo que ella había dejado sobre la cómoda en lugar de arrojarlo a la papelera.

—No sabía que estabas aquí —dijo ella apartando la vista de la caja para fijarla en aquellos ojos cargados de preguntas.

—Llevó aquí toda la tarde. Estaba en el piso de abajo, en una habitación que he acondicionado como despacho. El equipamiento llegó hoy mientras tú estabas en el trabajo.

Ella había entrado en la casa y se había dado una ducha sin enterarse. Y Ash ni siquiera se había molestado en advertir de su presencia.

—¿No me has oído entrar?

—Sí.

—¿Y por qué no has dicho nada?

—Tal vez seas tú la que quiera decirme algo a mí —respondió el jeque levantando la caja.

—Estoy embarazada —dijo ella con una sonrisa, sin poder disimular su felicidad.

Karen esperó a que él reaccionara. Esperó un gesto, un abrazo, una palabra al menos. Pero Ash se limitó a quedarse donde estaba en silencio.

—¿No vas a decirme nada? —preguntó por fin Karen, incapaz de seguir esperando para saber qué pensaba.

—Me alegro.

¿Se alegraba? ¿Sólo eso? La sonrisa de Karen se desvaneció al instante.

—Muy bien. Yo estoy encantada. De hecho, este es el día más

maravilloso de mi vida.

Durante un instante pareció como si Ash fuera a dar un paso adelante, a abrazarla incluso, algo que ella necesitaba desesperadamente en aquel momento. Pero no lo hizo.

—Tengo que atender unos asuntos —dijo en su lugar—. Estaré abajo.

Ash se dio la vuelta y se marchó, dejando a Karen sola con su túnica y sintiéndose como si acabara de darle un soplo al corazón. Se dijo a sí misma que su apatía se debería seguramente a la impresión. O tal vez estuviera un poco asustado, como ella.

Pero Karen tenía serias dudas de que hubiera algo en el mundo a lo que el jeque Ashraf ibn–Saalem le tuviera miedo.

Capítulo Siete

Ash no era capaz de comprender la sensación de miedo que le había invadido al enterarse del embarazo de Karen. Debería haber abrazado a su esposa y celebrar el próximo nacimiento de aquel niño, pero en su lugar se había escapado a los confines de su despacho.

Hacía años que había aprendido que en ocasiones era necesario distanciarse un poco para ver las cosas con perspectiva. Pero aquella noche no era capaz de concentrarse en el trabajo. Lo único que podía ver era a Karen y la alegría que reflejaba su rostro cuando le anunció su embarazo. Ash había sentido deseos de tomarla en brazos, abrazarla, besarla con pasión y llevarla a la cama para celebrarlo.

Pero en vez de eso se había dejado llevar por el temor de que ahora que habían concebido un hijo ella lo dejaría mucho antes en virtud de los términos de su acuerdo. Ash había sido abandonado en una ocasión por una mujer a la que había amado con todos los poros de su ser. En cambio ella no dudó en aceptar el dinero que su propio padre le ofreció y se marchó sin mirar atrás. Ash sobrevivió, pero había jurado no cometer nunca más aquel error, y durante años lo había conseguido. Hasta que llegó Karen.

El jeque cerró de golpe el ordenador y apartó a un lado los papeles. Tenía que ir en busca de su esposa. La encontró en el dormitorio principal, sentada en la cama con un camisón de algodón sencillo y un libro de pastas negras sobre el regazo.

Cuando levantó la vista para mirarlo, Ash vio enseguida las lágrimas. Sintió una oleada de remordimiento y de deseos de protegerla.

—Lo siento mucho, Karen —dijo rodeando sus delicados hombros con los brazos—. No quiero que sufras por mi frialdad.

—No se trata sólo de tu reacción por lo del bebé —respondió ella secándose la cara con dedos temblorosos—. Es por esto —dijo señalando con la cabeza el libro—. Es el diario de mi abuela. Estaba leyendo la parte en la que cuenta cómo se trajo a mi padre a casa después de robarlo en el hospital aun siendo consciente de que eso no estaba bien.

—Pero decidió quedarse con un niño que no era suyo —señaló Ash, que conocía la historia por Daniel.

—Sí, pero obviamente se sintió muy culpable con aquella decisión. Eso no cambia las cosas, pero yo ya la he perdonado. Me hubiera gustado decírselo antes de que se muriera.

—El pasado es el pasado. Dejemos que sea así —dijo Ash.

Era curioso que aquellas palabras tan sabias salieran de boca de alguien que no había sido capaz de perdonar a su padre. Y creía que nunca llegaría a hacerlo.

—Tuve dos abuelos maravillosos y unos padres que no podrían haber sido mejores —aseguró Karen dejando escapar un suspiro—. Pero ya no está ninguno de ellos y no puedo contarles lo del bebé.

—Yo estoy aquí para ti, Karen —susurró Ash abrazándola y sintiéndose todavía más culpable por cómo la había tratado antes—. Estaré aquí para ti y para nuestro hijo.

—¿Te importaría seguir abrazándome un poco más? —le pidió ella con ojos suplicantes.

—Me encantaría.

Karen apartó las sábanas y lo atrajo hacia la cama. El supo que estaba a punto de pasar una nueva prueba de fortaleza. Se quitó sólo la camisa y los zapatos, convencido de que aquello sería lo mejor teniendo en cuenta las circunstancias. Se tumbaron abrazados, Ash luchando contra las demandas de su cuerpo, el deseo de quitarse los pantalones y los calzoncillos, el deseo de cubrirle los senos con las manos, quitarle el camisón del cuerpo y recorrer su piel desnuda con las manos y la boca. Pero era consciente de que ella sólo necesitaba consuelo.

La respiración de Karen comenzó a hacerse más pesada y su cuerpo se relajó contra el suyo. El deseo de Ash seguía presente, igual que las emociones que amenazaban con salir de un lugar en el que llevaban encerradas muchos, muchos años.

Sabiéndola dormida, Ash deslizó la mano hasta el suave vientre de Karen, el lugar que albergaba a su hijo. Ella le había regalado la promesa de una nueva vida y la esperanza de que su legado perduraría. Le había dado más de lo que Ash creyó nunca posible.

Karen no podía creerse lo bien que se había sentido durante toda la semana. Su nivel de energía era más alto de lo que se imaginaba, teniendo en cuenta que su médico le había dicho aquella misma mañana que lo normal sería que le entrara sueño a todas horas. Pero lo cierto era que le había costado dormirse a pesar de haber pasado las noches sintiéndose segura entre los brazos de Ash, hablando plácidamente y nada más.

Le había costado un mundo convencerlo de que se pusiera algo para dormir, porque él prefería hacerlo desnudo. Al final había

accedido a ponerse los pantalones del pijama pero nada más. Y, por extraño que pudiera parecer, Ash parecía contento con sólo abrazarla. Muchas veces ella había estado a punto de dejarse llevar por el deseo de pedirle que le hiciera el amor, pero se había contenido. En parte porque su orgullo se lo impedía, y en parte también por su miedo a implicarse demasiado con él emocionalmente.

Fuera por la razón que fuera había evitado cualquier contacto íntimo y estaba empezando a perder la razón. Tal vez fuera una locura pedirle que le hiciera el amor, pero estaba empezando a no importarle ni lo más mínimo el maldito acuerdo ni los términos del mismo. Sobre todo aquella noche.

Mientras Karen recogía los platos de la cena, Ash se dio una ducha y después se reunió con ella en la cocina para ayudarla. Aquello se había convertido en parte de su rutina. Pero aunque él llevara puesta una sencilla camiseta blanca y los pantalones del pijama, aquel encuentro resultaba cualquier cosa menos rutinario. Cada inocente movimiento que hacían mientras terminaban las tareas despertaba la libido de Karen. Cada bocanada que le llegaba de su aroma a recién duchado provocaba en ella el deseo de colocarse encima de Ash sin reservas. Cada palabra que pronunciaba, ya fuera sobre su trabajo o el de ella, le sonaba a Karen a conversación de alcoba.

—Me preocupa que trabajes tanto en la heladería —estaba diciendo Ash con expresión seria—. Menos mal que a finales de esta semana traerán los electrodomésticos que faltan y ya no será necesario lavar los platos a mano. También creo que deberíamos empezar a buscar a una señora de la limpieza. La casa es muy grande, y cuando nazca el niño apenas tendrás tiempo para nada.

—¿Y por qué no contratar a un chico de la limpieza? —preguntó Karen con una mueca burlona—. De hecho, tú estás secando los platos, ¿no? Y no se te da nada mal.

—Me gusta trabajar con las manos, aunque prefiero tocar otras cosas que no sean de loza —aseguró Ash mirándola con sensualidad.

Karen recordó entonces la sensación de aquellas manos sobre su piel. Como si Ash le hubiera leído el pensamiento dejó el trapo a un lado y se colocó detrás de ella para dejar un plato en la alacena, apretando el cuerpo contra el suyo.

Ella se mordió el labio para ahogar un gemido. Lo deseaba allí y en aquel momento, le daba igual que fuera en el suelo o encima de la nevera, cualquier lugar era válido para satisfacer a sus hormonas.

Porque esa sería seguramente la causa de aquel deseo incontrolado que sentía por Ash. Una cuestión hormonal debido al embarazo. Al menos le sonaba lógico.

—¿Y qué servicios esperarías que hiciera tu chico de la limpieza? —preguntó Ash divertido mientras cerraba la alacena.

—Bueno, ya sabes, bromeó ella lavándose las manos en el fregadero y apoyándose casi inconscientemente contra su pecho—. Limpiar el polvo, pasar la aspiradora, y por supuesto, algún que otro masaje.

—¿Es que no te gustan mis masajes? —preguntó Ash rozándole levemente la nuca con las manos.

—La verdad es que sí —reconoció ella inclinando la cabeza hacia delante para permitirle mejor acceso—. Sobre todo cuando alcanzas el punto adecuado.

—¿Mejor así? —preguntó Ash deslizándole las manos por la espalda.

—Creo que por aquí no estaría mal —susurró Karen colocándole la mano sobre uno de sus senos sin pensar en las consecuencias.

—¿Mejor? —insistió él mientras le recorría los pezones con los dedos pulgares.

—Necesito… —susurró Karen guiándole las manos hacia más abajo de su vientre—. Necesito…

—¿Qué necesitas, Karen? —preguntó Ash con una susurro que la hizo estremecerse de deseo.

—Te necesito a ti, Ash —contestó ella reclinándose hacia atrás y pasándole las manos por el cabello—. Necesito estar contigo en todos los sentidos.

El sabía exactamente a lo que se refería, pero quería oírselo decir y a Karen no le importó darle aquella satisfacción.

—Te estoy pidiendo que me hagas el amor.

—¿Estás absolutamente segura?

—Completamente.

—Entonces tal vez deberíamos retirarnos a nuestro dormitorio —susurró Ash cubriéndole el cuello de besos suaves—. Te voy a hacer el amor de forma salvaje y prefiero por el bien de tu espalda que sea sobre una superficie mullida.

Capítulo Ocho

—¿Eres la hija de Luke Barone?

Karen se giró en la entrada de Baronessa y se encontró con una mujer de edad avanzada completamente vestida de negro, cabello gris y ojos profundamente marrones que la miraban fijamente. Estaba de pie al lado de un coche azul aparcado. Si no hubiera sido por eso, Karen habría pensado que se trataba de una vagabunda.

—Luke era mi padre. Yo soy Karen Saalem. ¿Quién es usted?

—Eso no importa —respondió la mujer avanzando un paso hacia ella—. Pero hay algo que sí debes saber. Como miembro de la familia Barone, tú también estás maldita.

Karen se sentía como si la hubieran metido de golpe en una película de terror de serie B. Tal vez hubiera sentido algo de miedo si la mujer no hubiera tenido aquel aspecto tan frágil e inofensivo, a excepción de la severidad que desprendían sus ojos.

—Bueno, la verdad es que no creo en las maldiciones.

—Deberías creer —le advirtió la señora—. Tú no eres distinta de los demás. Estarás condenada a amar a un hombre que nunca te corresponderá.

Karen ya había escuchado suficientes tonterías melodramáticas.

—Que tenga usted un buen día —dijo componiendo una falsa sonrisa y entrando en la tienda.

Daniel estaba sentado en la barra tomándose una taza de café.

—Que me aspen si no está aquí la esposa del jeque —bromeó recibiéndola con una sonrisa.

—Al parecer hoy soy más bien una Barone y estoy maldita —respondió Karen colocando el bolso encima de la barra.

—¿Te importaría explicarte? —preguntó su primo inclinando la cabeza en gesto de confusión.

—Una extraña mujer me ha parado fuera y me ha dicho que sobre mí pesa una maldición —aseguró Karen señalando hacia la ventana con un gesto.

Daniel se levantó de la banqueta y se dirigió a la cristalera. La anciana todavía seguía allí.

—Es Lucia Conti —murmuró antes de volver a sentarse—. Esa mujer sólo trae problemas.

—¿Te refieres a la Lucia Conti que lanzó la maldición contra todos los Barone? —preguntó Karen apoyándose en la barra—.

Maria me habló de ella cuando llegué a Boston, pero no imaginé que siguiera viva.

—Pues lo está. Y lleva maldiciendo a los Barone desde los años treinta. La maldición de San Valentín. Y lo más extraño es que ese día han ocurrido siempre cosas raras, incluido el secuestro de tu padre.

Karen era demasiado pragmática para creer en maldiciones. Pensaba que más bien se trataba de coincidencias.

—Bueno, supongo que ahora ya formo oficialmente parte de la familia.

Hizo aquel comentario con un toque de humor, pero lo cierto era que no podía ignorar las palabras de Lucia. ¿Estaría enamorada de un hombre que no podía corresponderle? Para evitar pensar en ello, centró su atención en Daniel.

—¿Qué estás haciendo aquí tan temprano? —le preguntó.

—Tengo que preguntarte un par de cosas.

—Dispara —dijo Karen atándose el delantal a la cintura.

—Toda la familia se pregunta dónde está María. Ya que vosotras dos estáis tan unidas y teniendo en cuenta que tú has sido la última persona que la ha visto, he decidido venir a preguntarte si sabes dónde está.

—Se ha tomado unas vacaciones.

—¿Sin decírselo a nadie? —preguntó Daniel con escepticismo—. Lo encuentro muy extraño.

Karen no estaba muy segura de qué responder. Ni tampoco entendía por qué el tono de voz de Daniel se había vuelto de pronto tan lejano, ni porque se le había empezado a nublar la visión ni por qué de repente le fallaban las piernas. En cuestión de segundos se desvaneció y se dobló sobre sí misma como una flor marchita.

Cuando volvió en sí estaba tumbada detrás del mostrador con una chaqueta debajo de la cabeza. Daniel estaba a su lado y Mimi la abanicaba desde el otro flanco.

—Llama a urgencias —dijo Daniel—. Y luego a su marido.

—¡No! —exclamó Karen reuniendo todas sus fuerzas para levantar la cabeza—. Estoy bien. Ha sido sólo un mareo. Es que aún no he desayunado.

Mimi se puso de rodillas y con la colaboración de Daniel la ayudó a sentarse.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó su primo con visible preocupación.

—Seguro —respondió Karen mirando a la camarera—. ¿Te importaría acompañarme al cuarto de baño, Mimi? Tengo que

echarme un poco de agua en la cara.

—Por supuesto. Pero, ¿crees que podrás caminar?

—No lo sabré a menos que lo intente.

Mimi y Daniel la ayudaron a ponerse de pie y Karen se apoyó en el mostrador. Cuando se hubo asegurado de que todo estaba relativamente bien dio un pasito.

—Sigo pensando que deberíamos llamar al médico —insistió su primo.

—Estoy segura de que en cuanto coma algo me encontraré mejor —lo tranquilizó ella mientras se apoyaba en el brazo de Mimi para dirigirse al servicio.

—Estaré fuera por si me necesitas —dijo Daniel.

—Bueno, ¿y cuándo está previsto que nazca el bebé? —preguntó Mimi cuando estuvieron solas frente al lavabo.

—¿Cómo lo has sabido? —preguntó Karen sonrojándose.

—El desmayo me dio la pista —aseguró la camarera palmeándola suavemente en la espalda—. Pero además tu rostro tiene un brillo especial.

—El bebé nacerá a finales de mayo —respondió.

Karen mirándose al espejo y pensando que con aquellos labios sin color y el pelo lacio desprendía cualquier cosa menos brillo.

—Mira, señorita: Tienes que tomarte un descanso —la reprendió Mimi con el ceño fruncido—. Trabajas demasiado.

—Pero Maria…

—Maria preferiría caminar descalza sobre brasas antes de permitir que os ocurriera algo a ti o a tu bebé.

—Trabajaré menos horas —prometió Karen.

—Supongo que tu hombre tendrá algo que decir cuando se entere de que te has desmayado.

Karen estaba convencida de ello, y por eso no quería contárselo. Lo único que conseguiría sería preocuparlo y que Ash insistiera todavía más en que dejara el trabajo. Y eso era algo que no haría a menos que su embarazo corriera peligro. Trataría sencillamente de tener los pies en alto el mayor tiempo posible, hacer varios descansos y comer en horarios regulares.

—Preferiría que no se lo contaras.

—No está bien empezar un matrimonio con secretos —aseguró Mimi sacudiendo la cabeza.

Karen estaba de acuerdo, pero ella ya guardaba un secreto. Un gran secreto. Ash todavía no sabía que sentía por él mucho más que afecto por mucho que no quisiera.

—Pensaré en lo que me has dicho. Entretanto, volvamos al

trabajo. Seguramente Verónica estará despotricando por tener que ocuparse ella sola de toda la clientela.

—Empezó a despotricar desde que cruzó la puerta por la mañana —aseguró Mimi abrazando suavemente a Karen—. Cuídate mucho. Si veo que empiezas a ponerte pálida, aunque sea lo más mínimo, yo misma llamaré a tu marido.

Salieron del servicio y ante la insistencia de Mimi, Karen se sentó en una banqueta al lado de Daniel con un vaso de leche y un pedazo de tarta de cereza. Mientras comía su primo no apartaba la vista de ella.

—No voy a caerme del asiento, si es eso lo que te preocupa —aseguró mirándolo con determinación.

—Tienes un aspecto horrible, Karen —respondió él con una de sus muecas.

—Vaya, muchas gracias.

—¿Es que tu marido te agota?

Ella pensó en la noche anterior, en cómo habían hecho el amor. Ash la agotaba, y agotaba también su resistencia con cada beso, con cada caricia.

—Espero que no le cuentes nada de este pequeño incidente.

—¿No crees que tiene derecho a saberlo? Después de todo es tu marido.

Sí, lo era, al menos sobre el papel. Pero también tenía un espíritu protector con cierta predisposición a mandar. Y si le contaba que se había desmayado afloraría aquella parte de él. Las cosas entre ellos iban muy bien y Karen no quería estropearlas.

—Mira, Daniel, quizá debas saber que estoy embarazada. Por eso probablemente me he desmayado. Suele ocurrir. Le he prometido a Mimi que me tomaré las cosas con más calma.

—Vaya, felicidades —dijo su primo llevándose las manos a la cabeza—. No me sorprende que Ash te haya dejado embarazada tan deprisa. Es muy rápido en todo lo que hace.

A excepción del amor, pensó Karen. En ese caso era más bien lento. Volvió a recordar el modo en que él le hacía el amor, recorriendo con dulzura cada centímetro de su cuerpo. Si no dejaba de pensar en ello, tal vez volvería a desmayarse.

—¿Qué tal está Phoebe? —preguntó Karen concentrándose en su trozo de tarta para evitar la mirada inquisidora de Daniel.

—Estupendamente. De hecho, otra de las razones por las que he venido es porque ella quiere que cenemos juntos antes de que volvamos a marcharnos.

—Pensé que acababais de regresar.

—Y así es, pero queremos viajar un poco, ver mundo. Phoebe le está pillando el gusto a la aventura y yo soy el hombre adecuado para proporcionársela. De día y de noche.

No había duda de por qué Daniel y Ash eran tan buenos amigos. Ambos eran dos tipos de clase A. Karen dejó a un lado los restos de la tarta y se puso de pie. Ya se sentía mucho más fuerte.

—Odio tener que dejarte, Daniel, pero tengo trabajo.

—De acuerdo —respondió su primo poniéndose de pie a su vez —. Pero prométeme que te cuidarás. Y cuéntale a Ash lo que ha sucedido. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—No te atreverías —lo retó Karen mirándolo con asombro.

—Por supuesto que sí —aseguró Daniel agarrando su chaqueta para marcharse—. Eres una Barone, cabezota como todos nosotros. Pero eres de la familia y no permitiré que te ocurra nada malo por un exceso de orgullo. Ash se merece una mujer y un hijo sanos y felices.

Karen tenía que reconocer que las palabras de su primo estaban cargadas de una buena dosis de lógica, pero no estaba muy segura de que contarle a Ash lo sucedido los ayudara en su situación. Aunque también se daba cuenta de que merecía saber la verdad.

—De acuerdo. Se lo contaré.

—Estupendo —dijo Daniel dirigiéndose a la puerta.

Karen decidió que si le edulcoraba la situación y le contaba a su marido que aquel día se había sentido algo mareada tal vez saldría de aquella sin preocuparlo demasiado.

Se lo contaría aquella noche, cuando regresara a casa.

Ash estaba en el estudio esperando a que Karen regresara. Tenía entre las manos un vaso de whisky y estaba tratando de mantener la calma, algo que le resultaba muy difícil teniendo en cuenta de lo que se había enterado hacía una hora.

Primero había sabido de los problemas de su mujer a través de Daniel, que le había preguntado si querían salir a cenar siempre y cuando Karen «se sintiera bien». Su amigo se había limitado a decirle a Ash que tenía que preguntarle a su mujer sobre lo que había ocurrido aquella mañana. Cuando llamó a Baronessa preguntando por Karen, Mimi no había sido tan discreta y le había contado que Karen se había desmayado. La camarera le aseguró que no había habido más episodios de aquel tipo durante el día, pero eso no sirvió para tranquilizar a Ash ni para disminuir su furia hacia Karen por no haberlo llamado de inmediato. Si no le hubieran dicho que su mujer iba de camino a casa, habría ido a Baronessa y hubiera insistido en llevarla él mismo.

Ash le había dado muchas vueltas a la cabeza sobre su responsabilidad en el malestar de Karen. La noche anterior sólo había pensado en su propio deseo de hacer el amor con ella. Tal vez su esposa había tenido que pagar el precio de que él no se hubiera molestado en considerar su condición de embarazada.

A partir de aquel momento la trataría con sumo cuidado, como ella se merecía, aunque eso significara que tuviera que tener las manos quietas hasta estar seguro de que el acto amoroso no pusiera en peligro la salud de Karen ni la del niño. Un objetivo difícil teniendo en cuenta cuánto había significado para él que le pidiera que le hiciera el amor, cuánto había significado para él abrazarla del modo que la abrazaba desde que se casaron, y cómo había empezado a valorar cada momento que pasaban juntos.

Ash trató de apartar de sí la dulzura que experimentaba al comprobar cómo Karen comenzaba a abrirse poco a poco a él. Ella tenía todo lo que deseaba en una mujer, y todo lo que temía en lo que se refería a los asuntos del corazón. Cuando escuchó el ruido de la puerta al abrirse necesitó de toda su fuerza de voluntad para no correr hasta ella y tomarla entre sus brazos. En lugar de eso, Ash se obligó a sí mismo a permanecer sentado e hizo un esfuerzo por mantener intacta su determinación.

Cuando Karen entró en la habitación, fue consciente al instante de lo pálida que estaba.

—¡Hola! ¿Qué tal? —lo saludó con una voz tan frágil como su sonrisa.

Ash optó por mantener la compostura y decidió ofrecerle el beneficio de la duda.

—Bien. ¿Cómo has pasado el día?

—Agitado —respondió Karen dejándose caer en el sofá tras dejar el bolso y las llaves sobre la mesa.

—¿No ha ocurrido nada fuera de lo normal?

—Lo de siempre —contestó ella sentándose sobre las piernas y girando el cuello para relajarse.

Ash le dio un largo sorbo a su whisky, apoyó los codos en las rodillas y se inclinó hacia delante apretando el vaso con tanta fuerza que parecía que iba a romperlo.

—¿Desmayarse es para ti lo de siempre?

—¿Te lo ha contado Daniel? —preguntó Karen poniéndose tensa.

—No exactamente. Me hizo saber su preocupación por tu salud cuando me dio la enhorabuena. En cambio Mimi fue bastante más clara.

—No fue nada —aseguró Karen haciendo un gesto con la mano para restarle importancia al asunto—. Sólo un pequeño mareo.

—Yo no considero que eso no sea nada —contestó Ash sin dejar de apretar el vaso con fuerza—. Estás trabajando demasiado. Pasas más horas de lo normal en Baronessa y luego, cuando regresas a casa, supervisas la reforma. La falta de sueño te está afectando a ti y a nuestro hijo.

—He estado durmiendo lo suficiente a excepción de… bueno, a excepción de anoche —concluyó ella bajando la mirada y sonrojándose.

—Sé perfectamente que mi comportamiento de anoche puede haber contribuido a tus problemas matinales de salud —aseguró el jeque sin poder evitar una punzada de culpabilidad.

—Ya te dije que no soy tan frágil —respondió Karen exhalando un suspiro—. Y también le he dicho a Mimi que bastará con que no pase tanto tiempo de pie. Puedo atender la caja mientras ella y las demás camareras se ocupan de los clientes.

—Y yo le he dicho a Mimi que no regresarás al trabajo durante un tiempo.

—No tenías derecho a tomar esa decisión —se apresuró a contestar ella saltando del sofá.

—¿Y qué otra cosa podía hacer? Si no quieres cuidar de ti misma, ten por seguro que lo haré.

—No necesito un guardián —aseguró Karen poniéndose en jarras.

—¿De verdad crees que tu actual ritmo de vida es beneficioso para ti o para tu hijo? —preguntó Ash dejando el vaso sobre la mesa y poniéndose en pie.

—Nunca haría nada, absolutamente nada que le hiciera daño al bebé —respondió Karen tras meditar su respuesta durante unos instantes—. Significa todo para mí.

—Entonces deberías pararte a pensar en qué es lo mejor —contestó Ash moderando el tono de voz—. Tienes mucho trabajo en la casa y hay que preparar la llegada del bebé. ¿No sería mejor dedicarse a ello?

—Pero Maria no está y Mimi…

—Mimi me ha asegurado que puede encargarse de todo. Puedes mantener con ella una comunicación telefónica y supervisarlo todo desde aquí. Estoy seguro de que a Maria le parecerá bien.

Karen bajó los ojos y se pasó la mano por la nuca.

—Supongo que tienes razón —murmuró finalmente, antes de alzar la vista para mirarlo fijamente—. Pero cuando haya terminado

la reforma de la casa yo decidiré cuándo regresaré al trabajo.

—Respetaré tu decisión.

—Y además… ¿Cómo has dicho? —preguntó Karen frunciendo el ceño.

—Digo que respetaré tu decisión en lo que se refiere a tu trabajo. Aunque espero que podamos hablar de ello abiertamente cuando llegue el momento.

—Claro —respondió ella todavía perpleja—. Estoy abierta al diálogo, siempre y cuando seas consciente de que puedo llegar a ser muy cabezota.

—Yo también puedo serlo en ocasiones.

—Mira tú por dónde, no me sorprende —contestó Karen sin poder evitar que se le asomara una sonrisa a la comisura de los labios.

En aquellos momentos Ash sólo deseaba abrazarla, pero tenía sus dudas de que eso fuera lo correcto. No creía que le bastara con un abrazo inocente. Pero considerando los problemas de Karen más le valdría atemperar el deseo que sentía por ella incluso si para ello tuviera que dormir en el sofá.

—Daniel nos ha invitado a cenar si te sientes con ánimo.

—Me encuentro estupendamente, gracias —se apresuró a asegurar ella levantando la barbilla con gesto orgulloso—. Pero primero tengo que darme un baño.

—Tienes tiempo —aseguró Ash sin poder evitar el deseo de meterse con ella en la bañera y compartir el baño y sus cuerpos—. Hemos quedado con ellos dentro de una hora. ¿Crees que necesitarás ayuda? —preguntó sin poder evitarlo—. Lo digo por si vuelves a marearte…

—No he vuelto a encontrarme mal desde esta mañana —respondió Karen con una sonrisa de oreja a oreja—. Y si me ayudas en el baño te aseguro que no estaremos listos dentro de una hora.

Y dicho aquello dio media vuelta y se fue, dejando a Ash a solas con la certeza de que en todos los años que llevaba de vida nunca había conocido a nadie como Karen, una mujer segura de sí misma cuya determinación iba pareja con la suya, cuya sensualidad y belleza interior lo llevaban más allá del deseo. Y en todos sus años de aprendizaje nunca nadie le había enseñado a expresar cándidamente sus emociones. Aunque hubo un tiempo en el que había entregado por completo su alma y su corazón.

Tal vez había llegado el momento de encararse a sus miedos y arriesgarse a volver a sentir, por su bien y por el de su esposa. Pero si elegía aquel camino, ¿cómo se enfrentaría a la partida de Karen

tras el nacimiento de su hijo? Si la suerte le sonreía tal vez nunca llegara aquel momento. Sencillamente tendría que intentar con todas su fuerzas convencer a Karen de que se quedara, aunque eso significara reabrir viejas heridas.

Karen estaba decidida a pasárselo bien, algo que no iba a resultarle fácil al observar a Daniel y Phoebe al otro lado de la mesa y ver cómo él le acariciaba suavemente el hombro o escuchaba atentamente cada palabra que su pareja pronunciaba. Karen se dio cuenta en aquel momento de que ella también quería tener una relación así, sentir el mismo amor incondicional. Si al menos pudiera albergar la esperanza de que eso pudiera llegar a ocurrirle con su marido…

Pero en aquellos momentos no se sentía precisamente optimista al respecto. El brazo de Ash descansaba distraídamente sobre la silla, pero no la rozaba. Apenas había hablado con ella poco más que para preguntarle qué quería cenar. Pero al menos no había pedido por ella, dejándole aquella libertad. Ni tampoco había puesto un mal gesto cuando Karen probó apenas unos trocitos de salmón antes de devolverle el plato al camarero casi lleno.

Por supuesto, entendía la preocupación de Ash y estaba de acuerdo en que tomarse un tiempo de descanso sería bueno para ella y para el bebé. Pero la lógica no entraba en juego cuando se trataba de su temor a que intentaran dirigir su vida y le impidieran tomar sus propias decisiones. O cuando pensaba en que estaba bordeando un amor por él que le parecía completamente absurdo.

Se arrepentía de desear tenerlo en la cama, tenerlo en su vida a pesar de lo poco razonables que eran aquellos deseos. Tal vez llegara un momento en el que Karen estuviera dispuesta a comprometerse. Y tal vez Ash le diría entonces que estaba equivocada si esperaba que él fuera algo más que un padre para su hijo. ¿Estaba acaso dispuesta a asumir aquel riesgo?

—¿Sabes lo de nuestro primo Reese?

La pregunta de Daniel devolvió a Karen a la realidad.

—¿El primo de María? —preguntó haciendo un esfuerzo para concentrarse en la conversación.

—Sí —contestó Daniel—. Uno de los hijos del tío Cario.

—Recuerdo que María me habló de él alguna vez. Dijo que llevaba años fuera.

—Lo vimos en Harwichport cuando estuvimos allí de luna de miel —dijo Phoebe—. Nadie de la familia lo había visto desde hacía mucho tiempo.

—Seguro que te caerá bien, Ash —aseguró Daniel bebiendo un

sorbo de su copa de vino—. Utilizó su parte de la herencia para hacer fortuna como comerciante. Ahora se dedica a recorrer el mundo en su velero. Me sorprendió mucho verlo de nuevo en Estados Unidos.

—Teniendo en cuenta la cantidad de primos Barone que hay, lo que a mí me sorprende es que recuerde su nombre —bromeó Karen.

—Es una gran familia —reconoció Phoebe soltando una carcajada—. Pero lo bueno que tiene es que nunca te faltará apoyo.

Karen agradecía el apoyo que había recibido tanto de Daniel como de Maria, y sin embargo había momentos en los que se sentía sola. O así había sido hasta que Ash apareció en su vida.

—¿Por qué se marchó Reese?

—Hubo un escándalo relacionado con una mujer —explicó Daniel—. Una jovencita de la alta sociedad aseguró que esperaba un hijo suyo. Él se negó a casarse aunque el tío Cario y la tía Moira insistieron en que cumpliera con su deber. Pero luego se descubrió que el niño no era suyo después de todo. Después de eso Reese se marchó y nunca regresó. Creo que de alguna manera se sentía traicionado por la falta de confianza de sus padres.

—Entiendo perfectamente que una cosa así haga que un hijo se marche de la casa familiar —aseguró Ash.

Karen sintió gran curiosidad por la mezcla de determinación y rabia que había en el tono de su marido, pero antes de que pudiera pedirle que se explicara, Daniel tomó la palabra.

—Ya está bien de hablar de la familia —dijo sujetando su copa —. Brindemos por la próxima incorporación al clan.

Phoebe y Daniel levantaron sus copas de vino mientras Karen y Ash brindaban con las de agua. Ash había dejado de tomar todo tipo de bebidas alcohólicas en deferencia a su estado, algo que Karen agradecía mucho.

—Por Ash, por Karen, y por su hijo —dijo Daniel cuando sus copas entrechocaron.

—Me puse muy contenta cuando Daniel me contó que estabas embarazada, Karen —dijo Phoebe.

—Y yo estoy feliz de que mi esposa me honre con un hijo — intervino Ash acariciándole el rostro con una reverencia que ella no había experimentado hasta entonces.

—Por la nueva vida —dijo Phoebe antes de sonreír a su marido —. Y por el amor.

Sobrecogida por la emoción, Karen fue incapaz de reprimir las lágrimas.

—Enseguida vuelvo —se excusó poniéndose en pie—. Necesito

refrescarme.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Ash sujetándola de la muñeca y observándola con preocupación.

—Estoy bien. De verdad.

Pero no lo estaba. Karen abandonó precipitadamente la mesa, escapando del amor que irradiaban Daniel y Phoebe. Y en cierto modo huyendo también de sus sentimientos hacia el jeque Ashraf ibn–Saalem. Aunque temía que ya era, y para siempre, su prisionera.

Capítulo Nueve

Cuando llegaron a casa Karen se metió rápidamente en el cuarto de baño y sé preparó para irse a la cama. Durante el camino de regreso había sentido muchas veces como si Ash quisiera decir algo, pero había permanecido en silencio, casi taciturno. No tenía ni idea de qué había provocado en él aquella melancolía. Pero no le cabían dudas sobre cuál era la causa de la suya. La confusión, pura y simplemente. Tenía muchas cosas que preguntarle a Ash y también muchas que contarle.

Cuando salió del baño se encontró con su marido de pie al lado de la cama. Llevaba únicamente puestos los pantalones del pijama y su rostro reflejaba una expresión distante.

—¿Prefieres que duerma en el sofá? —preguntó cuando Karen empezó a retirar la colcha.

—¿Por qué iba a preferirlo? —dijo ella mirándolo fijamente.

—Pensé que estarías más cómoda si tuvieras la cama entera para ti.

—Es una cama muy grande, Ash. Apenas me entero de que estás ahí.

Aquello era una mentira total. Siempre sabía cuando estaba y cuando no estaba.

—Si estás tan segura…

—Lo estoy —respondió Karen con determinación metiéndose en la cama.

Cuando Ash se metió ella apagó la luz. El dormitorio estaba a oscuras a excepción de la tenue claridad que se filtraba a través de las cortinas que cubrían las puertas del balcón. Tal y como siempre hacía, Ash la abrazó por la espalda y la atrajo hacia sí. Ambos guardaban silencio, pero Karen no podía apartarse de la cabeza algunas preguntas.

—Ash, ¿estás despierto?

—Sí.

—¿Por qué crees que dos personas tan distintas como Daniel y Phoebe se enamoran?

—Supongo que no tuvieron elección.

—¿Has estado alguna vez enamorado? Lo siento —se excusó Karen al ver que él no respondía de inmediato—. No es asunto mío, yo…

—Una vez.

Aquellas palabras resonaron como el eco en la oscura habitación.

—Oh.

Eso fue todo lo que a Karen se le ocurrió decir. No quería presionarlo, pero al menos ahora sabía que Ash era capaz de amar a alguien.

—Yo era muy joven y muy inexperto —continuó explicando para sorpresa de Karen—. Ella estaba considerada como una plebeya y mi padre desaprobaba la relación. Yo estaba dispuesto a renunciar a mi título y a mi herencia por su amor, pero ella aceptó el dinero que mi padre le ofreció y se marchó.

—Debió dolerte mucho —murmuró Karen notando por su tono de voz cuánto le estaba costando hacer aquella confesión.

—Sobreviví —respondió Ash—. Abandoné el negocio de mi padre inmediatamente después de aquello. No hemos vuelto a hablar. De esto hace quince años.

—¿Quince años? ¿Y qué me dices de tu madre?

—Murió cuando yo era un adolescente.

Karen tuvo de pronto la certeza de que Ash se había pasado la mayor parte de su vida adulta sin su familia. Al menos ella había tenido la suerte de tenerlos alrededor durante más tiempo.

—¿Nunca has pensado en arreglar las cosas con tu padre?

—No. Lo único que le importa es su riqueza y su título. Pero te aseguro que yo no trataré a nuestro hijo con tanta indiferencia.

—Sigo pensando que deberías intentar hablar con él —insistió Karen—. Quiero decir, aparte de lo que hizo estoy segura de que te sigue queriendo. Al fin y al cabo eres su hijo.

—Él no tiene un concepto auténtico del amor. Yo también he decidido que es mejor no confiar demasiado en ese tipo de emociones. He optado por vivir mi vida desde un punto de vista racional.

Las esperanzas de Karen volvieron a oscurecerse de nuevo, remplazadas por su propia necesidad de protegerse.

—Supongo que el amor no es tan importante como lo pintan, ¿verdad? ¿Quién lo necesita?

Pero ella lo necesitaba. Al principio Karen pensó que eran imaginaciones suyas, pero lo cierto era que Ash había dejado de abrazarla y luego se apartó de ella, colocándose boca arriba.

—¿Lo querías? —le preguntó él.

—¿A mi padre?

—A tu prometido.

Karen pensó que así lo creyó una vez, pero evidentemente se había equivocado. Nunca tuvo los mismos sentimientos por Carl que tenía ahora por Ash. Sentimientos que más le valdría dejar a un lado.

—Creo que mi relación con él era más bien de conveniencia y de cariño, aunque hubo un tiempo en que sí creí que lo amaba. Vivíamos en un pueblo pequeño con poca proyección y yo creía que él me ofrecía muchas cosas. Pero cuando por fin descubrí que lo que quería era dominarme, me eché para atrás.

—¿En qué sentido quería dominarte?

—Yo quería abrir mi propio negocio de diseño de interiores, pero él prefería que me quedara en casa y fuera la esposa del granjero. Yo no podía vivir con un hombre que ignorara mis sueños.

Se hizo el silencio de nuevo durante unos instantes, antes de que Ash volviera a hablar.

—¿Cuáles son tus sueños, Karen?

Al menos se lo preguntaba, algo que Carl nunca había hecho.

—Quiero tener un hijo sano y feliz.

«Quiero que me ames». Aquel pensamiento asaltó la mente de Karen y sólo entonces fue consciente de cuánto necesitaba de su amor. Pero si Ash se había cerrado por completo a esa posibilidad tenía pocas esperanzas de que llegara a ocurrir.

—¿Y qué me dices de ti? —preguntó tratando de no parecer muy desilusionada—. ¿Cuáles son tus sueños?

—Prefiero considerarlos objetivos, no sueños. Muchos de ellos ya los he conseguido en el trabajo. Quiero darle un hogar estable a nuestro hijo en el que ambos progenitores trabajemos juntos para asegurarnos de que así sea.

Aquella respuesta carecía completamente de emoción y la esperanza de Karen se hundió por completo. Ash no había dicho que quisiera nada más que compañerismo. No estaba interesado en el amor.

Karen se cubrió los ojos con una mano y trató de reprimir las lágrimas por segunda vez aquella noche. Pero entonces, para su sorpresa, Ash la tomó de la mano que tenía libre y enlazó los dedos entre los suyos.

—Que tengas dulces sueños, Karen —murmuró tras besarle dulcemente el dorso.

Pero ella sabía que no sería así. Porque el sueño de tener un matrimonio de verdad, algo que ni siquiera había considerado como posibilidad cuando Ash entró en su vida, comenzaba a desvanecerse.

—¿Eres Karen Saalem?

Por segunda vez en pocos días Karen volvía a estar cara a cara con un desconocido, aunque esta vez la persona que estaba en la puerta de su casa era un hombre. Un hombre alto y fuerte, muy atractivo, con unos ojos increíblemente azules que contrastaban con su cabello oscuro. Llevaba puesto un traje de chaqueta oscuro, por lo que Karen dio automáticamente por hecho que venía a ver a Ash. Pero su marido había salido aquella mañana a resolver unos asuntos.

—Si ha venido a ver a mi marido, lamento decirle que en este momento no está.

—He venido a verte a ti.

—Muy bien, ¿y tú quién eres? —preguntó ella frunciendo el ceño ante aquel inesperado tuteo.

—Steven Conti.

Estupendo. Justo lo que Karen necesitaba aquella mañana. El amante de Maria en la puerta de su casa probablemente cargado con una batería de preguntas para las que no estaba preparada.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Karen dedicándole una sonrisa de compromiso.

Pero el joven no parecía estar de humor para normas sociales.

—Necesito hablar contigo de Maria —aseguró rascándose el cuello al tiempo que exhalaba un profundo suspiro.

Tal y como había sospechado. Karen consideró la posibilidad de decirle que estaba muy ocupada, pero decidió que no serviría de nada postergar lo inevitable. Además, Steven tenía aspecto de necesitar a alguien que lo escuchara, y eso era todo lo que ella pensaba hacer. Escuchar.

—Pasa —dijo haciendo un gesto con la mano hacia el salón que se adivinaba tras el vestíbulo—. Toma asiento.

—No quiero sentarme —aseguró el joven una vez en el salón—. Lo que quiero es saber dónde está Maria.

—Está de vacaciones —respondió Karen frotándose las manos con cierto nerviosismo.

—No me lo creo. Sospecho que su familia ha averiguado lo nuestro y la ha mandado fuera para evitar que estemos juntos.

—Eso no es verdad, Steven —aseguró ella—. Maria se ha ido por propia voluntad.

—Entonces, tú sabes dónde está.

Karen detestaba tener que ocultar la verdad teniendo en cuenta el disgusto de Steven, pero la promesa que le había hecho a Maria estaba por encima de los problemas del joven.

—Te prometo que está bien. Necesitaba algo de tiempo para pensar. Eso es todo.

—Tengo que saber dónde está. Necesito hablar con ella.

—No puedo decírtelo. Le prometí a Maria que no lo haría.

—¿Y qué pasa conmigo? —exclamó Steven mirándola con furia mientras se pasaba las manos por el cabello—. ¿Crees que es justo que se marche sin darme ninguna explicación, dejándome una nota en la que sólo me dice que necesita tiempo?

—Lo que yo crea no importa —respondió Karen, conmovida por su dolor—. Pero tengo que respetar los deseos de Maria.

—Tanto si me lo dices como si no, la encontraré. No importa cuánto tarde. Pero podrías facilitarme las cosas diciéndome desde ahora dónde está.

—Me gustaría hacerlo, pero no puedo.

Steven la agarró suavemente de los hombros y Karen pudo ver de cerca la hondura de su angustia.

—Te pido que lo reconsideres, por favor. Te pido un poco de compasión.

—Y yo te pido que sueltes a mi esposa.

Steven dejó caer los brazos y ambos se dieron la vuelta. En el umbral de la puerta estaba Ash con los brazos cruzados sobre el pecho. Iba vestido también con traje de chaqueta y parecía un hombre de negocios formal, exceptuando la mirada amenazante que tenía clavada sobre ellos.

—Mira, no quiero causar ningún problema —aseguró Steven levantando las palmas de las manos—. Ya tengo suficientes. Llámame si cambias de opinión —dijo sacando una tarjeta de visita del bolsillo de su chaqueta y entregándosela a Karen.

Steven pasó rozando al lado de Ash y musito unas palabras de disculpa antes de salir del salón dejando a Karen a solas frente al enfado del jeque y el suyo propio.

—¿A qué viene esto? —le preguntó a su marido cuando escuchó cerrarse la puerta de entrada.

—Creo que soy yo quien debería hacer esa pregunta. ¿Qué relación tienes con ese hombre?

—No es asunto tuyo.

—¿Me encuentro con un desconocido con las manos encima de mi mujer, y no es asunto mío? —preguntó Ash avanzando hacia ella.

—¿De verdad crees que dejaría entrar en casa a un desconocido? —preguntó Karen a su vez poniéndose en jarras.

—Si no es un desconocido, entonces, ¿quién es?

—Steven Conti, el amante de María —respondió Karen sabiendo que no tenía más opción.

—¿Y qué quería de ti? —insistió Ash, que seguía a todas luces enfadado a pesar de la explicación.

—Que le dijera dónde esta María, algo que por supuesto no he hecho porque se lo prometí a ella. Así que tranquilízate.

—¿Y cómo iba yo a saber que no te estaba amenazando?

—Si no hubieras estado tan predispuesto a sacar conclusiones te hubieras dado cuenta de que Steven está destrozado. No puede vivir sin María.

—Lo único que yo sé es que he visto a un extraño con las manos encima de mi mujer —respondió Ash suavizando ligeramente la expresión de su rostro.

—Bueno, pues ahora ya sabes la verdad —dijo ella dejando la tarjeta sobre la mesa—. No me gusta que irrumpas como un superhéroe decidido a venir en mi rescate.

—Cuando entré, lo único en lo que pude pensar era que… es igual —se interrumpió Ash mirando hacia otro lado.

—¿Estabas celoso, jeque Saalem? —preguntó Karen experimentando una repentina sensación de euforia.

—Los celos son una emoción muy imprudente —respondió él al instante mirándola de nuevo—. Me preocupaba tu seguridad.

—¿De verdad? —insistió ella cruzándose de brazos con una sonrisa—. Claro, los celos no están a la altura de un príncipe fuerte y duro como tú.

—He reaccionado como un hombre, no como un príncipe —aseguró Ash cruzando la habitación.

—Un hombre preocupado por la seguridad de su esposa, ya lo sé —continuó ella tomando asiento en uno de los sillones y cruzándose de piernas—. Por supuesto, cualquier marido normal se habría puesto un poco celoso teniendo en cuenta que Steven Conti es un hombre muy atractivo. Pero como este matrimonio lo es sólo sobre el papel, comprendo perfectamente que ni se te haya pasado por la cabeza.

—¿Qué quieres de mí, Karen? —preguntó el jeque avanzando un paso hacia ella.

—La verdad.

—¿Qué verdad?

—Que me digas que has pensado que a lo mejor tengo otro amante. Que tienes dudas de no haberme dado todo lo que necesito y que por eso me he buscado otra persona.

—¿No has encontrado satisfactorias mis atenciones? —dijo Ash

colocando los brazos a cada lado del sillón donde ella estaba sentada.

—Has sido un amante muy considerado.

—¿Considerado?

Ash se inclinó sobre ella y se colocó a escasos centímetros de su boca. Sus miradas estaban enlazadas y sus cuerpos muy próximos.

—Está claro que he fracasado si es así como describes nuestra manera de hacer el amor —continuó diciendo el jeque—. Tal vez debería demostrarte que soy capaz de ser algo más que considerado.

Karen sabía demasiado bien que si arrojaba el guante Ash estaría más que dispuesto a recogerlo. Tal vez no sería la decisión más apropiada teniendo en cuenta lo que él le había contado la noche anterior, pero no podía negar que seguía deseándolo de una manera primitiva aunque no pudiera tener su amor.

—Adelante, demuéstramelo.

—Estaría encantado de hacerlo si estuviera seguro de que estás dispuesta —respondió él apartándose del sillón.

—Está claro que tú sí estás dispuesto —comentó Karen observando su evidente excitación.

—Mi actual estado no tiene por qué ser el mismo que el tuyo.

—Yo personalmente me siento de maravilla —aseguró ella mirándolo desafiante mientras se quitaba la camisa para quedarse en pantalones vaqueros y sujetador de encaje—. ¿Quieres comprobar por ti mismo cómo estoy?

Karen observó en los ojos de Ash indecisión mezclada con deseo, pero el jeque no se movió. Al menos no había salido huyendo.

Tras bajarse lentamente la cremallera, se sacó los pantalones y los dejó en el suelo para que le hicieran compañía a su camisa. Se sentía muy segura y estaba completamente decidida a llamar su atención como fuera. Supo que lo había conseguido cuando lo vio seguir con la mirada el movimiento que ella trazó sobre sus braguitas de encaje con un dedo.

—¿Estás completa, absolutamente seguro de que no te interesa?

Ash se quitó la chaqueta y la mandó volando al otro extremo de la habitación sin apartar la vista de Karen. A ella no le sorprendió que la tomara entre sus brazos, y supuso que la llevaría al dormitorio. Lo que no esperaba era que la colocara sobre el sofá y le arrancara las braguitas. Y desde luego la pilló completamente por sorpresa que se pusiera de rodillas, le separara las piernas y comenzara un asalto sensual con la boca.

A cada pase de su lengua suave y abrasadora sobre el centro sensible de su cuerpo, Karen sentía como si se precipitara por un

abismo de carne del que no hubiera regreso posible. Cada vez que Ash introducía el dedo en su interior la acercaba más al gemido final de placer. Pero no se atrevió a detenerlo, ni tampoco pudo evitar el clímax explosivo que la inundó en olas expansivas de pura delicia.

Ash se puso en pie y la observó con tanta intensidad como intensos habían sido aquellos besos íntimos.

—¿He sido suficientemente considerado?

—Oh, sí, muy considerado —aseguró Karen cuando fue capaz de recuperar el aliento—. Pero tengo la impresión de que tú también necesitas un poco de consideración —dijo poniéndose de rodillas y bajándole la cremallera de los pantalones.

Tras liberarlo, Karen abandonó todas sus inhibiciones y lo tomó por la boca. Ash la dejó explorar su virilidad con los labios, con la lengua, pero sólo durante unos instantes. Luego le sujetó firmemente la cabeza con las manos y la apartó de sí con suavidad.

—Ya es suficiente.

—¿Seguro? —preguntó ella mirándolo con una mueca.

—No.

Ash se reunió con ella en el sofá y después de quitarse los pantalones y los calzoncillos la acomodó sobre los cojines y entró en ella con una profunda embestida.

La besó por todas partes mientras se movía en su interior con ritmo erótico. Le acarició los pechos por encima del encaje y luego se los succionó a través también de la tela. Parecía como si se estuvieran alimentando el uno del otro consumidos por un deseo que no conocía límites. Como si la pasión que había entre ellos hubiera cobrado vida propia y nadie pudiera impedir que se hiciera con el control de la situación.

Ash colocó las palmas de las manos a cada lado del cuerpo de Karen y se levantó sobre los brazos, liberándola de su peso.

—¿Estoy siendo lo suficientemente considerado?

—No lo estás haciendo mal.

Pero ella sí que estaba mal. Se moría por Ash, se moría de amor por él, un amor que no había buscado. Karen lo atrajo hacia sí y lo abrazó contra su corazón mientras el ritmo pausado que Ash había mantenido adquiría un tempo frenético.

Ella escuchó como entre sueños el sonido del motor de un camión al apagarse, el ruido de puertas abriéndose y cerrándose. El hecho de darse cuenta de que los obreros acababan de llegar sólo sirvió para aumentar la tensión.

—Date prisa —susurró con voz ronca.

—No —contestó Ash levantando la cabeza con expresión tensa por su próximo clímax.

—Han llegado los obreros y no he cerrado la…

Ash interrumpió sus palabras con un beso cargado de electricidad y Karen volvió a perderse, sin importarle quién pudiera verlos, sin importarle otra cosa que no fuera el cuerpo poderoso de Ash.

Cuando se escuchó cómo se abría la puerta de atrás, Ash enredó las piernas de Karen alrededor de su cintura y volvió a tocarla. Entones ella alcanzó de nuevo el orgasmo. Él hundió el rostro en su cuello y se estremeció entre sus brazos con fuertes sacudidas.

El sonido de unos pasos devolvió a Karen a la realidad. Al menos las puertas que daban a la cocina estaban cerradas, otorgándoles cierta intimidad. Se las arregló para salir de debajo de Ash y recogió los pantalones y la camisa que estaban en el suelo, pero tras echar un rápido vistazo no encontró la ropa interior. Pensó que era mejor llevar algo de ropa que nada y se puso lo que tenía a mano.

—¿Estás buscando esto?

Karen levantó la vista y vio que Ash tenía sus braguitas de encaje metidas en un dedo.

—Vístete —susurró agarrando la prenda y metiéndosela en el bolsillo—. Podrían entrar aquí en cualquier momento.

—Si no tienen la decencia de llamar antes, entonces no deberían sorprenderse de encontrarme desnudo —aseguró el jeque mirando por encima del hombro hacia las puertas de la cocina.

Karen sonrió al verlo en aquel estado, con la camisa de marca completamente arrugada cubriéndole sólo hasta las piernas, la corbata hecha un desastre y el pelo revuelto. Estaba absolutamente arrebatador, pero aquel no era el mejor momento para quedarse arrobada mirándolo.

—Ponte esto —le pidió ella pasándole los calzoncillos y los pantalones—. A ti tal vez no te importe tu reputación, pero yo tengo que trabajar con estos tipos.

Ash obedeció y se levantó muy despacio del sofá, tomándose su tiempo para ponerse los calzoncillos. Karen se estiró la ropa, sacó una goma de pelo del bolsillo y se hizo una cola de caballo.

Estaban algo más presentables, pero ella sabía que cualquiera que entrara en la habitación se daría cuenta de inmediato de lo que acababa de ocurrir allí debido a la expresión de culpabilidad que tenía en el rostro.

Y entonces la estupidez de lo que acababa de hacer cayó sobre ella como un mazazo. Se había dejado llevar por sus necesidades

físicas, rindiéndose al deseo aun sabiendo que le afectaría emocionalmente, y que seguiría haciéndolo si permitía que ocurriera más veces. Tenía que recordar que aquello no tenía nada que ver con el amor, al menos para Ash. Tenía que recordar que cada vez que hacían el amor él le robaba otro pedazo de corazón y que pronto ya no le quedaría nada.

—Las cosas entre nosotros no deberían ser así —susurró.

—¿Y cómo deberían ser? —preguntó Ash mientras se metía la camisa dentro de los pantalones.

—Dijimos que mantendríamos nuestra relación en el campo platónico.

—Fuiste tú la que me pediste que te hiciera el amor, Karen.

—Lo sé, pero he cambiado de opinión. No debí habértelo pedido.

—Pero has seguido pidiéndomelo —aseguró Ash avanzando hacia ella y tomándola de las manos—. ¿He hecho mal en responder? ¿Tengo que ser yo fuerte por los dos?

Karen se había equivocado al pensar que tal vez podría llegar a amarla. Se había equivocado al pensar que entre ellos pudiera haber algo más que pasión.

—Tienes razón —respondió ella soltándole las manos—. Es culpa mía. Pero nuestra intimidad sólo sirve para complicar las cosas. Para mí es importante seguir teniendo el control de mi vida.

—No tengo ninguna intención de dominarte, Karen. No soy como tu antiguo prometido. Lo único que quiero es cuidar de ti y de nuestro hijo.

De nuevo había evitado mencionar que albergara ningún sentimiento hacia ella.

—No necesito protección.

«Lo que necesito es tu amor», sintió deseos de decirle.

—No me refiero sólo a Carl —continuó diciendo—. Hace unos meses toda mi vida estaba fuera de control. No puedo permitir que vuelva a ocurrir.

—Sigues malinterpretando mis motivaciones. Todo lo que he hecho ha sido por tu bienestar.

—Necesitamos recordar que cuando llegamos a este acuerdo ambos sabíamos que no sería permanente.

—En ese caso tal vez deberíamos empezar a actuar en consecuencia —murmuró Ash cruzando la habitación para recoger su chaqueta—. Pero no puedo hacerlo contigo en mi cama. No soy tan fuerte.

El jeque se dio la vuelta con la chaqueta doblada en el brazo y se

dirigió a la puerta.

—Haré que me preparen un dormitorio para mañana —dijo girándose un momento para mirarla con expresión sombría—. Te dejaré con tu celibato, y espero que tú también me dejes con el mío.

«En otras palabras: no me toques», pensó Karen. Se sentía como si la hubieran golpeado en la cabeza y en el corazón, aunque sabía que lo mejor sería mantener las distancias tanto física como emocionalmente.

—Muy bien —dijo con tono decidido, aunque se estaba muriendo por dentro—. Si prefieres dormir en otra habitación, no te molestaré.

—Lo que preferiría sería que… es igual —se interrumpió desviando la mirada—. Tú ya has decidido cómo son las cosas.

Ash se giró sobre los talones y se marchó. Karen se llevó la mano al vientre, el lugar que albergaba a su hijo aún no nacido y trató de recordar la razón por la que había accedido en un principio a aquel acuerdo. Cuando ella y Ash se marcharan cada uno por su lado al menos le quedaría su bebé, un bebé que los mantendría unidos durante muchos años.

¿Había cometido un error? No. A pesar del dolor que sentía por dentro, nunca se arrepentiría de que hubiera entrado en su vida, de que fuera el padre de su hijo. De lo que seguramente se arrepentiría sería de no haber sido lo suficientemente fuerte como para evitar enamorarse de él.

Aquella noche Karen se metió en la cama sola. Se había pasado buena parte de la mañana hablando con el contratista y con los obreros, que estaban a punto de terminar con la reforma de la cocina. Luego empezarían con el cuarto de jugar, en cuanto ella eligiera el papel de pared entre las muestras que había reunido a principios de semana.

Le hubiera gustado implicar a Ash en el proyecto, pero tras su encuentro de primera hora él se había metido en su despacho y sólo había salido en busca de un plato de comida que se había llevado consigo. Karen se había plantado varias veces en la puerta dispuesta a preguntarle si quería intervenir en las decisiones de decoración, pero cada vez que había levantando los nudillos para llamar el orgullo la había llevado a marcharse. Ash le había dicho que no quería que lo molestara, y ella tenía que respetarlo por mucho que le doliera.

Estaba a punto de echarse a llorar, así que decidió que tal vez una voz amiga la distraería. Además, tenía que contarle a María la visita sorpresa de Steven. No había vuelto a hablar con su prima

desde que la llamara hacía unos días para contarle lo del bebé y comentarle que iba a faltar al trabajo.

Karen descolgó el teléfono y marcó el número de los Calderone esperando que Maria contestara. Quería mucho a Louis y Magdalene, pero hablaban demasiado y ella no estaba de humor para responder a ningún interrogatorio. Tuvo suerte, y fue su prima la que contestó al teléfono.

—Residencia de los Calderone.

—¿Cómo van las cosas por el magnífico estado de Montana? —preguntó con una alegría que le sonó falsa incluso a ella misma.

—¡Karen! ¡Qué alegría oírte!

—Lo mismo digo —respondió ella mordiéndose el labio para reprimir un sollozo—. ¿Cómo te encuentras?

—Embarazada —contestó María—. Y sola.

—Conozco ambas sensaciones.

—Vaya, vaya. Pareces deprimida.

—Estoy un poco melancólica. Por eso te llamo en parte. Pero primero quiero decirte que Mimi lo tiene todo bajo control en Baronessa. Hablo con ella por teléfono con regularidad.

—Ya te dije que comprendo que necesites descansar un tiempo, Karen, y Mimi lleva mucho tiempo trabajando en la heladería. Puede encargarse de todo en tu ausencia.

—Te lo agradezco, Maria. Y en segundo lugar tengo que contarte una cosa relacionada contigo.

—La familia se ha enterado de dónde estoy —dijo su prima con pánico en la voz.

—La familia no, al menos que yo sepa. Pero puede ser sólo cuestión de tiempo que Steven lo averigüe.

Karen le contó la visita que su amante le había hecho sin omitir ningún detalle de la conversación.

—¿Te dijo algo más?

—Sólo que te encontraría fuera como fuera.

—Tal vez se rinda antes —respondió Maria exhalando un suspiro que se escuchó claramente a través de la línea telefónica.

—¿Estás segura de que no quieres que te encuentre?

—Ya no estoy segura de nada. No me malinterpretes, los Calderone se han portado maravillosamente conmigo. Pero pensé que estar aquí me ayudaría a aclarar las cosas, y sin embargo sigo estando confusa.

—Espero que tomes pronto alguna decisión —aseguró Karen—. Steven lo está pasando muy mal.

—Lo sé. Pero todavía tengo mucho que pensar.

—Yo también. Está claro que nuestro estado de ánimo debe ser cosa familia, o de la luna llena, porque yo estoy igual que tú.

—O sea, que estás así por Ash.

—Podríamos decir que sí.

—Estás enamorada de él, ¿verdad?

—Sí. Como una idiota —contestó tras pensárselo unos instantes —. Me he enamorado perdidamente.

—Eso es maravilloso, Karen —aseguró Maria con sincera alegría.

—No, no lo es.

—¿Por qué?

—Porque él no podrá sentir nunca lo mismo por mí.

—¿Te lo ha dicho él? —preguntó Maria desconcertada.

—No con esas palabras, pero tuvo una mala experiencia con otra mujer y decidió que ese tipo de sentimientos no conducen a nada. Lo mismo que pensaba yo hasta que lo conocí a él.

—La gente cambia, Karen.

—Me encantaría creerlo, pero Ash es muy obstinado. Y además se muestra muy protector conmigo, y ya sabes cómo me sienta a mí eso.

—Sí, lo sé, y creo que necesitas pararte un momento y pensar que tal vez tu historia con Carl te está nublando el juicio. Quizá los sentimientos de Ash hacia ti estén directamente relacionados con su deseo de cuidarte. Ya sabes cómo son los hombres: no suelen proclamar a los cuatro vientos ese tipo de emociones. Lo que yo pienso es que sois los dos demasiado orgullosos para hablar claro.

¿Podría ser ese el caso? ¿Podría estar Ash también luchando contra sus sentimientos hacia ella?

—Tal vez tengas razón, pero estoy demasiado asustada como para confiar en ello.

—El amor es un tema que asusta, Karen. Pero alguien tiene que dar el primer paso.

—Ya he pensado en hablarle de mis sentimientos, pero esta mañana hemos tenido una discusión y está enfadado conmigo. En resumidas cuentas, le he dicho que no quiero que entre nosotros haya intimidad. Desde entonces no me habla.

—Karen, ya sé que esto es duro, pero tal vez deberías dejar un poco de lado ese orgullo de los Barone y hacerle saber que te has enamorado de él. ¿Qué sería lo peor que podría pasar?

—Podría rechazarme. Y no creo que pudiera soportarlo.

—¿Y no crees que él también puede pensar que lo has rechazado?

Karen había rechazado a Ash de muchas maneras. Había

rechazado su preocupación por ella y lo que sentía por él. Al menos esto último lo había intentado, aunque sin éxito. Las lágrimas comenzaron a resbalarle por las mejillas, pero hizo un esfuerzo para continuar hablando a pesar de ellas.

—Seguramente tienes razón, Maria. Pero no sé qué debo hacer ahora.

—Yo te lo diré: Mañana sal a comprar un camisón de seda y comida para una cena íntima con velas. Prepara la cena, ponte el camisón, o no te pongas nada, y échale valor.

—Parece un buen plan —reconoció Karen riendo entre lágrimas —. El mejor.

—Por supuesto que lo es. Tienes la oportunidad de pasar el resto de tu vida con el hombre al que amas. No todo el mundo tiene esa suerte.

—Yo creo que tú también puedes conseguirlo con Steven, Maria —aseguró Karen con una punzada de remordimiento.

—No te preocupes por mí. Lo único que quiero es que no pierdas esta oportunidad. Como suele decirse, quien no se arriesga no gana.

De pronto aquello cobró pleno sentido para Karen. Se había arriesgado trasladándose a Boston. De no haberlo hecho no habría conocido a Maria ni a su nueva familia. No tendría la vida que tenía ahora. No habría tenido el bebé con el que siempre había soñado y desde luego nunca habría conocido a Ash, un hombre por el que definitivamente valía la pena arriesgarse.

Al día siguiente por la noche se lo contaría todo, le diría que lo amaba, le diría que quería que su matrimonio saliera bien. Y tal vez, sólo tal vez, descubriera que él también albergaba sentimientos hacia ella. De no ser así haría un esfuerzo por convencerlo de que la vida no valía la pena sin alguien a quien amar…y ser correspondido.

Capítulo Diez

Tras pasar la noche sin pegar ojo en el sofá de abajo, Ash se levantó y descubrió que Karen no estaba. Se había ido sin decirle a dónde, sin dejar ninguna nota diciéndole cuándo volvería, En un ataque irracional de pánico, Ash corrió hacia el dormitorio y respiró aliviado al comprobar que sus cosas seguían allí. Llamó a Baronessa pero allí nadie la había visto ni la esperaban. Por último llamó a su ginecólogo y supo que no tenía cita hasta el mes siguiente.

Entonces, sentado en su despacho, Ash empezó a pensar con horror que tal vez Karen había ido a buscar otro sitio para vivir, y fue consciente de que por culpa del orgullo y el miedo podría haber perdido a la persona más importante de su vida.

El día anterior había tenido la oportunidad perfecta para aclarar el estado de las cosas; Pero en su lugar él se había dejado llevar por el deseo que sentía hacia Karen, un deseo que no conocía límites. Había salido huyendo antes de decirle que la vida sin ella no tendría ningún valor para él. Pero no podía olvidar la conversación que habían mantenido dos noches atrás, cuando Karen le dijo que no necesitaba para nada el amor. Y el día anterior le había asegurado que ya no le hacían falta sus atenciones.

Pero Ash se preguntó si ella no estaría también asustada. Sospechaba que Karen temía que él controlara su vida, cuando en realidad era ella la que tenía el control de la suya. Ocupaba cada uno de sus pensamientos, de sus movimientos, e incluso, por mucho que el jeque hubiera intentado evitarlo, había atravesado la barrera que tan cuidadosamente había construido en torno a sus sentimientos. No podía seguir negando que sentía por Karen mucho más que afecto.

Ash se negaba a dar su matrimonio por perdido. Si ella no se creía que respetaba su independencia, su individualidad, todo lo que era como mujer, amante y amiga, entonces tendría sencillamente que demostrárselo.

Necesitaba tiempo para pensar, pero no podía permitirse aquel lujo. Tenía una agenda de trabajo de lo más apretada que comenzaba al cabo de una hora e incluía reuniones con dos clientes importantes. ¿Qué era más importante, su mujer o el trabajo?

Su mujer. Unos meses atrás no hubiera ni considerado la posibilidad de variar su esquema de trabajo a no ser que se tratara

de una emergencia. Unas semanas atrás su vida era pura desolación, o al menos eso le parecía ahora. Ahora que se daba cuenta de cuánto quería a su esposa.

Por lo que a él se refería, la cuestión de tratar de demostrarle a Karen sus sentimientos podía calificarse sin lugar a dudas como una emergencia. Cancelaría sus reuniones. Encontraría la manera de hacerle ver a su esposa cuánto significaba para él aunque eso le llevara todo el día. O el resto de su vida.

Estaría dispuesto por ello incluso a devolverle a Karen su libertad.

Karen regresó del mercado a media tarde cargada con la compra y con el corazón a cien por hora. Se había marchado temprano por la mañana, antes de que Ash se levantara, para no tener que cruzarse con él. No estaba preparada todavía.

Después de colocar el roast beef en el horno subió para asegurarse de que él no estaba en casa, aunque ya había visto que su coche no estaba en la entrada. Luego bajó las escaleras y llamó con los nudillos a la puerta de su despacho. Al no recibir respuesta abrió y se encontró con la habitación vacía. Al salir se dio cuenta de que la puerta del dormitorio de invitados que había al final del pasillo estaba abierta. Aquello le resultó extraño, porque esa habitación estaba siempre cerrada a la espera de iniciar en ella la reforma. Seguramente Ash no estaría escondido en aquel lugar, pero Karen se acercó de todas maneras para asegurarse.

No lo encontró allí, pero halló el dormitorio amueblado con una cama individual en madera de pino y la mesilla a juego. Encima había un colchón desnudo. A Karen le dio un vuelco el corazón cuando se dio cuenta de que Ash había cumplido lo que prometió: buscarse un lugar para dormir él sólo, un lugar que la excluía. ¿Pero acaso no le había dicho ella que le parecía bien?

Pero no estaba bien. Quería tenerlo en su cama, la cama de ambos. Y si su plan funcionaba, tal vez lo conseguiría aquella misma noche.

Con aquel pensamiento en mente se dirigió a buen paso hacia el salón, donde había un obrero subido a una escalera colocando la moldura en el techo.

Karen levantó la vista para mirarlo sólo un segundo, pero fue tiempo suficiente para que se distrajera y tropezara con uno de los muebles que estaban tapados para evitar que se mancharan. Antes de que se diera cuenta de lo que ocurría se le enredó el pie en la tela que cubría una mesa y cayó de rodillas. Rodó sobre sí misma y de sus labios se escapó un quejido provocado más bien por el miedo

que por el dolor agudo que sintió en el tobillo.

Cerró los ojos con fuerza y rezó en silencio por el bebé que llevaba en las entrañas mientras se echaba la mano al vientre. Al menos no había caído de bruces. No le dolía nada más que el tobillo y deseó con toda su alma no haber causado ningún otro daño. Cuando trató de incorporarse, una mano en su hombro se lo impidió. Karen abrió los ojos y se encontró con el hombre de la escalera, un señor de mediana edad, cabellos plateados y sonrisa amable que le recordaba a su padre.

—¿Se encuentra usted bien, señora? —le preguntó.

—Eso creo. Estoy embarazada, eso es lo que me preocupa un poco.

—Tal vez debería llevarla al hospital para que le echen un vistazo —aseguró el hombre sacudiendo la cabeza.

—Creo que tiene usted razón. En la puerta de la nevera, debajo de un imán, hay un hojita con un número de teléfono, el de Daniel y Phoebe. Si los llama vendrán a buscarme.

—¿Está usted segura? No me importa llevarla yo mismo.

—Le agradezco el ofrecimiento, pero seguro que a mi primo y su mujer no les importará acercarme.

El hombre se dirigió a la cocina mientras Karen rezaba para que Daniel o Phoebe estuvieran en casa. Esperaba que no hubieran adelantado los planes que tenían de marcharse de segunda luna de miel la semana siguiente. Sus plegarias fueron escuchadas. El obrero regresó diciendo que Phoebe estaba en camino.

Karen pensó que debería llamar a Ash al teléfono móvil pero seguramente estaría apagado, tal y como siempre ocurría cuando tenía una reunión de negocios. Y no quería dejarle un mensaje en el buzón de voz diciéndole que iba camino del hospital. Sería mejor hablar con él después de asegurarse de que no tenía nada roto y el bebé estaba bien. No quería preocuparlo sin necesidad, y. sin embargo lo necesitaba en aquellos momentos más que nunca. Necesitaba su consuelo, que le dijera que todo iba a salir bien. Pero si las cosas entre ellos no salían bien, Karen tendría que apoyarse una vez más sólo en sí misma.

Ash entró en su casa sin saber muy bien a qué atenerse. Daniel le había dejado un mensaje en el buzón de voz diciéndole que Karen se había torcido un tobillo pero que se encontraba bien tras haber pasado por la sala de urgencias del hospital. Ash quería creerlo, pero tenía sus dudas de que Daniel se lo hubiera contado si Karen estuviera herida de más gravedad o le hubiera ocurrido algo a su hijo.

—¿Dónde está? —preguntó precipitándose en el salón tras ver a Daniel sentado en el sofá.

—Tranquilízate, Ash —contestó su amigo poniéndose en pie—. Está en el dormitorio con Phoebe. Está bien.

—¿Por qué no me ha llamado? —preguntó apretando la bolsa que llevaba en la mano, descargando en ella su rabia y su frustración.

—Tendrás que preguntárselo a ella, pero supongo que no quería preocuparte —respondió Daniel metiéndose las manos en los bolsillos—. Tal vez tuviera miedo de tu reacción. Y teniendo en cuenta que has entrado aquí como un toro rabioso, no creo que le falte razón.

—Por supuesto que estoy preocupado. Es mi mujer. Y lleva dentro a mi hijo. Ella lo es… todo para mí.

—Parece que ese acuerdo matrimonial vuestro ha dado un giro inesperado —comentó Daniel mirándolo con suspicacia—. Sí, parece que el jeque ha encontrado por fin a su media naranja.

A Ash no le hacía gracia el tono que estaba empleando su amigo, pero reconocía que tenía razón. Había encontrado en Karen su media naranja. Ahora sólo tenía que convencerla a ella de que así era.

Phoebe entró en el salón llevando una bandeja con un plato y un vaso de leche.

—¿Hay tormenta? El portazo de la puerta de entrada ha resonado por toda la casa.

—Nada de tormentas —aseguró Daniel con una mueca—. Se trataba sólo del jeque buscando a su esposa.

—Está echada en la cama del dormitorio —dijo Phoebe señalando la escalera con un gesto de la cabeza—. Creo que le gustará tener un poco de compañía.

—¿Pero se encuentra bien? —preguntó Ash sin poder evitar cuestionarse si Karen querría su compañía—. ¿Y el bebé?

—Están los dos perfectamente —lo tranquilizó Phoebe—. Es sólo un esguince. No hay nada roto. De hecho, Karen se siente perfectamente. Quería levantarse y terminar de prepararte la cena, pero no la he dejado.

¿Cena? ¿Acaso se trataría de la última cena antes de marcharse?

—Me alegra mucho saber que el daño es menor, y os estoy muy agradecido a ambos.

—Ya encontraré el modo de cobrármelo —bromeó Daniel—. He estado estudiando las cotizaciones de la bolsa y…

—Eres incorregible, Daniel Barone —dijo Su esposa mientras lo

guiaba hacia la puerta principal para marcharse.

—Lo sé —respondió su marido con una sonrisa—. Y por eso me quieres. Venga, Ash, sube de una vez. Estoy seguro de que está deseando verte.

Mientras Ash subía las escaleras deseó que su amigo tuviera razón. Al llegar a la puerta del dormitorio se detuvo un instante para ordenar sus pensamientos y armarse de valor. No le gustaba nada la idea de que Karen sufriera ni aunque fuera la más mínima incomodidad, pero tal vez aquel accidente le diera a él un poco más de tiempo. Ella no podría marcharse si no podía caminar.

Abrió la puerta muy despacio y se encontró a Karen con la cabeza reclinada sobre la almohada y otra almohada debajo del pie, que estaba vendado como si fuera un turbante.

Cuando levantó la vista, Ash vio en sus ojos de cervatillo la sorpresa e incluso un poco de alegría. O tal vez deseaba tanto verlo que se imaginaba que estaba allí.

Dejó la bolsa sobre el escritorio y se acercó a la cama.

—¿Te duele mucho? —preguntó clavando los ojos en el tobillo vendado.

—Un poco —respondió Karen—. Pero estoy tan agradecida por no haberme hecho más daño… tenía miedo de…

Cuando vio que tenía los ojos llenos de lágrimas, Ash se sentó a su lado en la cama. Deseaba abrazarla, asegurarle que todo iba a salir bien, que él se encargaría de ello, pero no quería hacer ningún gesto que no fuera bienvenido. Se decidió finalmente por tomarla de la mano.

—Lamento no haber estado aquí contigo, Karen —comenzó a decir—. También siento que no te sintieras con la confianza de llamarme.

—No fue por eso —respondió ella limpiándose las lágrimas con la mano que tenía libre—. No quería preocuparte hasta estar segura de que no me había pasado nada. Por eso fue Daniel el que te llamó desde la sala de urgencias después de que me hubieran examinado.

—Entonces, ¿está todo bien? —preguntó Ash, que necesitaba escuchárselo decir a ella a pesar de las palabras de Daniel y Phoebe.

—Sí, nuestro hijo se encuentra perfectamente —le aseguró Karen mirando sus manos entrelazadas—. Pero nosotros no estamos bien.

—Has decidido marcharte antes del nacimiento del niño.

—¿Marcharme? —repitió ella mirándolo a los ojos con asombro.

—Cuando vi esta mañana que te habías marchado sin despertarme pensé que habías ido a buscar un sitio donde vivir.

—Estás equivocado, Ash. Fui de compras. Tenía pensado

preparar una cena agradable y después hablar contigo. Hablar de verdad. Hay algo que necesito decirte.

Ash experimentó una breve sensación de alivio y luego un escalofrío de preocupación cuando pensó en la posibilidad de que tal vez no quisiera escuchar lo que Karen tenía que decirle.

—Yo también necesito decirte una cosa.

—De acuerdo —respondió ella poniéndose tensa sin querer.

—Tal vez deberías empezar tú —propuso Ash.

—No, tu primero.

—De acuerdo —accedió él llevándose la mano de Karen a los labios para besarla dulcemente—. Lo que voy a decirte es probablemente el mensaje más difícil que he tenido que pronunciar nunca en voz alta, así que te pido un poco de paciencia.

—Te escucho.

—Durante muchos años he creído llevar una existencia satisfactoria —comenzó a decir mirándola fijamente a los ojos—. Tenía mi trabajo, mis amigos, mi libertad y mi título. Pero no tenía eso que hace que una persona se sienta verdaderamente viva hasta que tú entraste en mi vida —aseguró Ash secándole una lágrima con el dedo pulgar—. Tú eres todo lo que siempre he temido, una mujer con los arrestos suficientes para echar abajo el muro que yo me había construido en torno a unos sentimientos que consideraba una debilidad. Pero gracias a ti he descubierto una fuerza que jamás creí que poseyera.

Ash se detuvo un instante antes de pronunciar las palabras que nunca pensó que volvería a decirle a una mujer.

—Una vez me preguntaste sobre mis sueños, mis deseos. Tú eres ambas cosas, Karen. Tú me has hecho completo de nuevo.

—Oh, Dios mío… —susurró ella sin poder evitar las lágrimas.

—Siento causarte más dolor, pero así es como me siento —aseguró Ash soltándole la mano y creyendo firmemente que tendría que dejarla marchar a ella también—. Respeto tu decisión si quieres atenerte a los términos originales de nuestro acuerdo. Si todavía quieres marcharte, no te retendré. Prefiero pasar mi vida solo que al lado de alguien que no quiere estar conmigo aunque yo ame a esa persona con toda mi alma y todo mi ser.

—Estás muy equivocado, Ash —aseguró Karen tomándolo de la mano y colocándole la palma sobre su mejilla—. No me has causado ningún dolor y no pienso marcharme a ningún sitio.

—No entiendo nada —respondió él frunciendo el ceño.

—Es muy sencillo. Yo he hecho lo mismo que tú, cerrarme ante el miedo que me daba la posibilidad de perder el control de mi

vida. Pero lo cierto es que contigo estoy empezando a sentir que mi vida tiene mucho sentido. En otras palabras: yo también te quiero.

Ash tenía el corazón tan ligero como si en lugar de decirle aquello le hubiera entregado las llaves del cielo.

—¿De verdad?

—Sí. Seguramente te quiero desde el momento en que te encontré desnudo sentado en el hotel. Tal vez incluso desde la primera vez que me besaste. Me daba mucho miedo decírtelo, pero ya no tengo miedo de nada.

—Parece que ambos hemos estado viviendo en una casa hecha de orgullo —susurró Ash besándola suavemente en los labios y encontrándolos suaves e incitadores.

—Sí, así es —reconoció ella echándole los brazos al cuello—. Pero creo que ya es hora de que echemos esa casa abajo.

—Estoy de acuerdo.

Ash la besó entonces apasionadamente, con todo el amor que había tratado tan duramente de ocultar. No pudo evitar el fuego que aquel beso despertó en su interior, pero tenía que tener en cuenta la situación en que se encontraba Karen.

—Tengo algo para ti —dijo apartándose suavemente—. Un regalo especial. Bueno, en realidad son dos regalos.

—No creo que puedas superar lo que ya me has dado, un bebé y un futuro.

—Déjame intentarlo —dijo poniéndose en pie y agarrando del escritorio la bolsa que traía—. Toma.

—¿Qué es esto? —preguntó Karen con curiosidad sacando un manojo de llaves—. ¿Has comprado otra casa?

—Una casa no. Un edificio cercano a Baronessa. Lo he comprado para ti.

—¿Para qué necesito un edificio?

—Seguramente utilizarás sólo una parte de él. Las oficinas pueden quedarse donde están. Pero creo que la planta de abajo servirá perfectamente para tu establecimiento de diseño de interiores.

—¿Me has comprado un negocio? —preguntó Karen con la boca abierta.

—Te he comprado el local. Será cosa tuya el desarrollarlo. Con tu permiso, me gustaría ocuparme de la parte financiera.

—No sé qué decir, Ash —murmuró ella abrazándolo con fuerza —. Muchas gracias.

—Espera un momento —dijo el jeque agarrando la bolsa que Karen había dejado sobre la mesilla—. He dejado el regalo más

importante para el final, para demostrarte que siempre me tendrás.

Ash sacó una cajita con una alianza de oro y se la entregó.

—Es muy bonito, pero yo ya tengo un anillo —aseguró Karen mirando la joya—. Un anillo precioso.

—Este es para mí, Karen. El símbolo de que soy tu marido de verdad y que este matrimonio es real en todos los sentidos. Si es así como tú quieres que sea…

—Es de la única manera que quiero que sea.

Con los ojos inundados de nuevo en lágrimas, Karen le levantó la mano y deslizó el anillo en uno de sus dedos. Alzó la vista y lo miró con un amor infinito, similar al que él también sentía en lo más profundo de su alma.

—Esto significa mucho para mí. ¿Y sabes qué otra cosa me gustaría?

—Pide lo que quieras.

—Yo tardé muchos años en descubrir mis verdaderas raíces —aseguró señalando con un gesto el diario que había en la mesilla de noche—. No dejemos que a nuestro hijo le ocurra lo mismo. Perdona a tu padre y pídele que forme parte de la vida de nuestro hijo. Y de nuestras vidas.

Karen le estaba pidiendo mucho, pero por ella era capaz de dejar a un lado su pasado.

—Lo llamaré mañana por la mañana a primera hora, pero no te garantizo que quiera hablar conmigo.

—Maria me dijo hace poco que la gente cambia, Ash —susurró ella acariciándole el rostro—. Y tenía razón.

—Tú desde luego me has cambiado a mí con tu amor.

—Nos hemos cambiado el uno al otro —reconoció ella con los ojos empapados en lágrimas—. Para mejor. Y ahora, hay una última cosa que me gustaría hacer.

—Tú dirás.

—Darme un baño —aseguró Karen abriéndose la bata como si fuera una mariposa desplegando las alas y mostrando su cuerpo en ropa interior—. Pero como no puedo andar, tendrás que llevarme.

—Pero, ¿y tu esguince? —preguntó el jeque observándola con los ojos brillantes de deseo—. Porque ya sabes cómo terminaremos…

—Me siento de maravilla, deja de preocuparte —lo tranquilizó ella acariciándole el rostro—. Ash, quiero hacer el amor sabiendo que es eso realmente lo que estamos haciendo, el amor —aseguró cubriéndolo de besos—. Además, estoy segura de que una persona tan creativa como tú podrá arreglárselas bien. Después de todo,

dijiste que existen muchas formas de hacer el amor. Quiero que me las enseñes.

—Estaré encantado de hacerlo, pero creo que en estas circunstancias estaremos más cómodos aquí que en la bañera.

Ash la acomodó en medio de la cama, le quitó la bata y las braguitas y volvió a colocarle con cuidado el pie de nuevo sobre la almohada. Mientras él se desnudaba, Karen lo observó maravillada, estudiando cada detalle como si fuera la primera vez. Y en cierto sentido era la primera vez que iba a amarlo sin reservas. Se sintió inmensamente feliz de que Ash se hubiera dado a ella y de que ella se hubiera entregado a él.

Cuando se quitó toda la ropa, el jeque se acercó y le colocó una almohada debajo de las rodillas y otra bajo las caderas con mucho cuidado para no dañarle el pie herido. Durante un largo instante se limitó solamente a mirarla a los ojos antes de besarle suavemente el tobillo y dirigirse al centro de su cuerpo para hacer lo mismo sobre su vientre.

—Nuestro hijo es el testimonio de nuestro amor —susurró.

—No podría estar más de acuerdo —reconoció Karen acariciándole el negro cabello.

Ash comenzó a recorrerle el cuerpo con las manos, invitándola sin palabras a que ella hiciera lo mismo. Pasaron largo rato tocándose, acariciándose, descubriendo rincones íntimos como si tuvieran todo el tiempo del mundo.

Ash logró que Karen se introdujera en una espiral de placer primero con los movimientos de su mano y posteriormente con su boca persuasiva, y luego entró en ella con tanta delicadeza, tanta ternura, que Karen sintió deseos de llorar. Y lo hizo. Derramó lágrimas de felicidad al caer en la cuenta de que nunca más volvería a estar sola. Tenía a su hijo y al hombre que lo había hecho posible. El hombre que había cautivado su corazón.

Cuando terminaron el uno en brazos del otro, Karen se sintió completamente conectada a Ash, no sólo por la unión física de sus cuerpos, no sólo a través del hijo que habían creado juntos, sino también gracias a un amor como nunca había imaginado.

—Si hay algo que todavía no te he dado, no tienes más que pedírmelo —le susurró Ash tras colocar la cabeza sobre su pecho.

—Me has dado esto —respondió Karen llevándose la mano al vientre—. Y ésto —continuó colocándose la palma sobre el corazón —. ¿Qué más podría querer?

—Siempre tendrás mi amor —aseguró él sonriéndole con infinito amor.

Karen estaba segura de que era cierto. Confiaba en él. El padre de su hijo. Su amante y su compañero en la vida.

Su marido, en el sentido más dulce y más real de la palabra.

Fin